

BOLSILIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

hotel Montrosse suite nupcial

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO



KELLTOM MCINTIRE

MONTROSSE: SUITE NUPCIAL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 505
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 40.586 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: diciembre, 1971

© KELLTON MCINTIRE, 1971
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483. — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

462. — La última noche de Preston Kodel.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.064. — «M»... de Mafia.

CAPÍTULO PRIMERO

—Te pasaste de listo, teniente —ronroneó la rubita, fumando golosa su cigarrillo rubio—. Sé que tienes guardado el dinero... ¿Dónde?

El tinglado era amplio, elevado. Y el suelo estaba cubierto de bananas podridas, húmedo y resbaladizo.

Sobre aquellas inmundicias, con el traje manchado de porquerías y la camisa empapada de sangre, estaba Larry Byscroy.

Rodeándole, con las piernas abiertas y el ansia de matar en sus endurecidas facciones, aguardaban los tres matones.

Welles, During, Rusk...

Byscroy se incorporó levemente, aguantando un gemido de dolor.

Sus ojos se inyectaron en sangre al mirar a la rubia Daisy Palmer.

Bellísima.

Su hermoso cuerpo estaba enfundado en un traje de napa, de falda muy corta que dejaba al descubierto las largas y maravillosas piernas.

Sonreía. Ingenuamente.

Pero el brillo de sus ojos verdosos reflejaba todo el mal que bullía en su cerebro.

Ella había ordenado a sus matones que ablandasen al exteniente Larry Byscroy, de la policía metropolitana.

Y había permanecido entre burlona e indiferente mientras Welles y los otros dos le administraban una soberana paliza.

Nada de puños, nada de esfuerzos...

Matracas de plomo forradas en cuero, que habían caído centenares de veces sobre el rostro, los hombros, el cuello, el pecho y el cráneo de Byscroy.

Daisy Palmer volvió a chupar su cigarrillo.

—Reflexiona, teniente. Te he hecho una excelente oferta: el cinco por ciento de los doscientos mil del atraco Morris. Y tu vida, como propina.

—¡Váyase al diablo, Daisy! —bramó roncamente Byscroy—. Sabe..., sabe de sobras que yo no tengo el dinero.

—No digas insensateces, teniente.

—No soy teniente. Me han echado de la policía —dijo Larry, amargamente.

Daisy rió cantarinamente.

—Eso sólo demuestra que vamos por el buen camino. ¿Por qué iban a echarme si no estuvieran seguros de que te quedaste con el dinero?

—Se equivocaron, eso es todo. Se han dejado llevar de mi mala fama, más que de otra cosa.

Daisy chasqueó la lengua suavemente y denegó convencida.

—El juez está estudiando la forma de incoar un proceso contra ti, teniente. Todo eso es muy revelador. Si no existiesen pruebas...

Larry Byscroy no contestó.

Dejó caer la cabeza, la apoyó sobre los ensangrentados nudillos de sus manos.

Era un hombre muy atractivo, a pesar de que ahora sus duras facciones estuviesen borradas por los hematomas, los rasguños y los abultamientos.

—Volved a «suavizarle» —susurró Daisy a sus matones—. Comienzo a impacientarme.

Larry ni siquiera se revolvió cuando sintió unas zarpas sobre sus hombros.

Rusk, gigantesco y brutal, le miró con una sonrisa de alienado.

Y de repente estampó su deprimida frente, salvajemente, contra el rostro de Byscroy.

Larry gimió al sentir el chasquido de su tabique nasal.

Se tambaleó, vaciló sobre sus piernas.

Antes de que golpease su cuerpo en el suelo, Allody Rusk le enderezó de un terrible matrazazo en los dientes.

Durante diez minutos, los tres salvajes golpearon sin piedad a Byscroy.

Realizaban su trabajo en silencio, con frialdad, metódicamente.

Linton les pagaba porque sabían realizar su trabajo a conciencia,

como auténticos profesionales.

Finalmente, Larry Byscroy se fue al suelo como un fardo. Y quedó inmóvil.

No había perdido el conocimiento, sin embargo.

Su cuerpo, duro y flexible, como un cable de acero, poseía una extraordinaria resistencia.

Allí estaba, en el suelo, tirado como un guñapo.

No podía pensar, pero sí oír.

A su oído llegó en aquel instante el rumor de un chorro de agua.

No abrió los ojos. Permanecer inmóvil, respirando metódicamente, le producía un gran descanso.

La concentración mental, además, le permitía olvidarse del dolor, inhibirse del terrible trauma.

El cubo de agua fría derramó el líquido en un chorro plateado.

Sus ideas comenzaron a funcionar de nuevo.

Debía escapar, tenía que intentarlo desesperadamente.

Larry sabía que podría aguantar todavía otra paliza. Pero le dejarían inválido.

Una de sus muñecas estaba lastimada como consecuencia de un golpe de matraca. Su codo izquierdo también estaba hinchado, casi sin juego.

—Traedle aquí, cerca de mí —dijo la Palmer.

Le arrastraron.

Ella estaba apoyada sobre una pila de fardos y golpeaba, irritada, el piso con uno de sus tacones.

—¿Puedes escucharme, teniente? —preguntó ella, acercando su rostro de piel satinada, tersa, al del hombre.

Larry permanecía con la barbilla hincada en el pecho, inconsciente al parecer.

Ella le abofeteó cruelmente. Y los labios abultados de Larry volvieron a sangrar, manchándole el mentón.

Byscroy permaneció inmóvil. Pero a través de la rendija de sus párpados podía ver la pistola insertada bajo el cinturón de Allody Rusk.

—¡Vamos, maldito cerdo, habla ya! —Volvió a abofetearle ella, perdido el control.

Larry se tambaleó. Su mano izquierda, como al azar, rozó la culata de la «*Parabellum*» de Rusk.

Se derrumbó hecho un ovillo.

Welles, During y Rusk se inclinaron a recogerlo del sucio y resbaladizo suelo.

Byscroy apoyó un codo en el suelo.

Y, de repente, la «*Parabellum*» comenzó a vomitar fuego en cárdenas llamaradas.

Rusk retrocedió, atónito.

En su frente apareció un tercer ojo siniestro: el que había producido la bala de su propia pistola.

Welles y During se atragantaron de espanto.

Ni siquiera fueron capaces de reaccionar, de sacar las pistolas que guardaban en sus fundas pistoleras.

Larry Byscroy siguió disparando, con las mandíbulas contraídas diabólicamente.

A Welles, el pedazo de plomo le segó la yugular.

During recibió un balazo que le penetró por el ombligo y ascendió perforando el pecho hasta partirle el corazón.

En el momento en que caía, Byscroy vio a través de sus ojos hinchados a Daisy Palmer.

Parecía aterrorizada y trataba de sacar algo de su precioso bolso de colorines.

Larry alzó la «*Parabellum*». Dudaba.

Aunque Daisy Palmer fuese una víbora con falda, era también una mujer.

Y el exteniente Larry Byscroy jamás había matado a una mujer.

Guiñó un ojo. Disparó.

Ella gritó estridentemente cuando el pedazo de plomo le partió el codo.

Pero la Palmer no sabía implorar clemencia. Aunque Larry sólo pretendiera inmovilizarla, ella creyó que el hombre al que había hecho maltratar brutalmente iba a tomarse la revancha.

Gimoteando, Daisy apoyó el bolso entre sus muslos y volvió a meter la mano izquierda en su interior.

Byscroy se mordió los labios.

—¡No lo hagas! ¡Quieta o tendré que matarte! —gritó él.

Una pequeña «Browning» apareció entre los largos dedos de la rubia.

Afianzando sus blancos dientecillos en el carro de la pistola, tiró

hacia atrás, para montar el arma.

Larry vio el negro ojo de aquel juguete que podía matar dirigido a su cabeza.

Y, conteniendo el aliento, volvió a disparar.

Daisy lanzó un apagado quejido y se desplomó.

Larry se puso en pie con esfuerzo.

Dirigió una fría ojeada a los cuerpos de Welles, During y Rusk. Y comprobó, sin experimentar el menor sentimiento, que sólo eran cadáveres.

Entonces se acercó a la mujer.

Daisy Palmer presentaba una gran mancha rojiza sobre el seno izquierdo.

Ella siempre había estado muy orgullosa de su desafiante y enhiesto busto.

Larry plegó los labios en una ambigua sonrisa.

Ella estaba muerta.

A pesar de su dorada cabellera.

Larry tomó el bolso, pasando una mano por las dos asas, sin tocarlo con las yemas de sus dedos.

Tomó la pequeña agenda, el paquete de cigarrillos, el rollo de billetes. Lo guardó todo en un bolsillo.

Luego cacheó rápidamente a los otros.

Finalmente, se dirigió al grifo situado al final del pasillo del tinglado.

Su sombra se alargó hasta el final, contorneada por el foco que pendía de las cuadernas metálicas del techo.

Sus heridas le escocieron agudamente cuando el agua fría acarició su rostro.

Se secó con el pañuelo. El lienzo se tornó rojizo.

Debía marcharse cuanto antes de allí.

En las actuales circunstancias, si el exteniente Byscroy era encontrado junto a cuatro cadáveres, su comprometida situación se agravaría.

Por ejemplo, el capitán McGrave se encargaría de encerrarle como primera providencia.

McGrave le odiaba. Y haría cualquier cosa para perderle.

Incluso mentir en contra del teniente Byscroy.

Larry se puso en marcha hacia la puerta.

El sonido retumbante de los claxons de los mercantes que arribaban al puerto se coló por los tinglados.

De pronto, Larry se inmovilizó junto a una pila de envases de madera.

Unas pisadas rápidas, aceleradas, sobre el fangoso piso, sonaban a escasa distancia. El hombre cruzó por uno de los pasillos. Y le vio durante un segundo. Suficiente tiempo para volverse como un rayo y disparar.

Larry sólo lo hizo una vez. El pandillero se llevó las manos a la cabeza.

Pero Larry ni siquiera se detuvo a comprobar si estaba muerto.

Estaba reprochándose haber olvidado que uno de los *gangsters* había quedado fuera, cuidando de que nadie penetrase en el tinglado mientras le «suavizaban».

La fresca brisa que provenía del mar le despejó un tanto.

Pero todo su organismo se quejaba, estremecido de dolor.

Afuera, más allá de los toneles que se agrupaban sobre el malecón, estaba un «Rambler» flamante, color verde.

Larry caminó hacia allí. Miró a través de los cristales y vio las llaves, con la de contacto insertada en su cerradura.

Entonces abrió la portezuela y se dejó caer detrás del volante.

Dio al contacto y el motor trepidó suavemente. Un instante después se alejaba sorteando las montañas de mercancías amontonadas junto a los *docks*.

La muñeca le dolía terriblemente, pero confiaba en llegar a casa de Rosamond antes de desmayarse.

CAPÍTULO II

El aroma de las buganvillas impregnó su olfato al cruzar el ondulado senderillo que llevaba al *bungalow*.

El farolillo azulado brillaba en el porche.

Larry suspiró.

Rosie —como él llamaba a Rosamond Sandford— estaba en casa.

Ella le ayudaría, le curaría, le daría de comer y le ofrecería albergue.

Rosie era una buena chica.

Llegando al porche, Byscroy pensó si no hubiera sido mejor casarse con ella.

Subió los dos peldaños del porche y oprimió el botón del timbre.

Tuvo que volver a hacerlo varias veces antes de que el *bulldog* de Rosie gruñese sordamente en el pasillo.

Luego escuchó el taconeo rápido de ella. Y la puerta se abrió.

Pero no del todo, sino sólo una rendija. Larry adivinó que ella mantenía echada la cadena.

—Hola, Larry. Es tarde. ¿Qué quieres? —dijo ella, desganadamente.

Larry plegó los labios en un gesto habitual, amargo.

—No pareces muy amable. ¿No me invitas a entrar?

Ella parecía sumamente nerviosa.

—Lo siento, Larry. Me disponía a acostarme. Comprende que...

—Rosie, estoy malherido y lleno de contusiones. Déjame entrar. Ella endureció el gesto.

—Lo siento. Es muy tarde. Me siento cansada, necesito dormir...

Larry intentó algo que quería ser una sonrisa.

Muy poco tiempo antes, había sido ella la que le había pedido en muchas ocasiones que entrase. Incluso le había suplicado una y otra vez.

De pronto, Larry alzó el mentón.

—Comprendo. Has sabido que me han expulsado de la policía, ¿no es eso?

Ella balbuceó algo de forma confusa y nerviosa.

—No he hecho nada censurable, Rosie. ¿Tan pronto has cambiado hacia mí? —preguntó Byscroy con sarcasmo.

Ella pareció enfurecerse de repente.

—¡Vete! Y no vuelvas. Ya nada nos une. Eres un desconocido, un delincuente, un tipo peligroso. Me das miedo. Si no te marchas, iré al teléfono y llamaré a la estación de policía.

Larry rió metálicamente, sin ganas.

—Está bien. Me marchó, Rosie. El día que te saqué de casa de *Ma Russell* y obtuve para ti un empleo en el teatro no podía sospechar que resultases tan vulgar. Adiós.

Ella se mordió los labios. Estaba recordando.

Por un momento estuvo a punto de llamarle, cuando él ya volvía hacia la calle. Incluso alzó una mano. Pero finalmente le vio marchar sin hacer nada por detenerle.

Por su parte, Larry Byscroy volvió al coche y apoyó las manos sobre el volante.

Por una vez en su vida se sentía desorientado.

El, el teniente Byscroy, de la Sección de Homicidios, un tipo duro y tajante, cruel a veces, siempre lúcido de mente, rápido de reflejos, se encontraba sin saber qué hacer.

No podía volver al hotel. El gerente le había despedido de forma «diplomática».

—Compréndalo, míster Byscroy. La honorabilidad de este hotel, su limpia fama, la tranquilidad que debemos conseguir para nuestros clientes..., nos obligan, nos impelen...

Larry le había cortado bruscamente. De sobras sabía que McGrave había telefoneado al hotel para hacerles saber que el teniente Byscroy había dejado de pertenecer a la policía y estaba bajo acusación de haberse apropiado de doscientos mil dólares robados a una furgoneta de las empresas Morris.

Grilley, el gerente, añadió ampulosamente:

—Le ayudaré cuanto pueda, míster Byscroy. No podemos olvidar que en una ocasión usted impidió que robasen la recaudación de la semana. No le cobraremos su último mes de estancia en este hotel.

¿Qué le parece?

Larry achicó los ojos.

Y sacando unos billetes del bolsillo los lanzó a la cara de Grilley, que respingó asustado.

—Guárdese sus favores, señor Grilley. Y en cuanto a su hotel... La verdad es que vivir aquí comenzaba a repugnarme —escupió Byscroy, asqueado.

Mientras pensaba en todo aquello, sus dedos tabaleaban sobre el aro del volante, indeciso.

¿Adónde ir?

La única persona que podía ayudarle, Rosie Sandford, acababa de rechazarle duramente, con crudeza.

Todas las puertas estaban cerradas para él.

Larry pensó amargamente si de todo aquello no tendría él la culpa.

Como oficial de la Sección de Homicidios había sido un tipo duro, incluso brutal en el ejercicio de su profesión.

Había perseguido sádicamente a proxenetas, invertidos, prostitutas y propietarios de tugurios, había dado palizas salvajes a cualquier delincuente que se hubiera mostrado levantisco, rebelde o burlón.

Jamás había tenido un gesto amable para con nadie. Ni siquiera para con sus superiores y compañeros. Tampoco había aceptado el soborno.

En los billares, en las boleras, en los gimnasios y en los bares, el teniente Byscroy era tan odiado como en los clubs y en las discotecas en las que se reunían los jovencitos de cabellos largos a escuchar música, a poner expresiones lánguidas, a mover con gracia femenina las caderas...

Encendió un cigarrillo, y un reniego se escapó de su garganta al sentir el escozor de sus labios sangrantes.

Trataba de distraer sus negros pensamientos. Pero no era posible.

Allí estaba la gran verdad: quince días antes era un oficial de policía a quien todos temían, incluido el capitán McGrave. Hoy, Larry Byscroy no era más que un vagabundo vapuleado, sin credencial en el bolsillo, con un traje sucio y una fea reputación sobre sí.

Sin contar con la amenaza de la cárcel.

Sin poderlo remediar, a su mente vino la figura elevada y algo encorvada del *district attorney*, míster John Edwin Thompson.

—Le ruego que no abandone esta ciudad, señor Byscroy. Aunque aún no poseo evidencia de su culpabilidad, aunque prefiero no ingresar a un exoficial de la policía en la cárcel, deberá estar a mi disposición para prestar testimonio cuando le llame. Recuérdelo. Amargo.

Pero real.

Tan real como los cadáveres del sargento Adams y el agente Brynes, asesinados a balazos quince días antes.

Todo había comenzado aquel jueves del mes de junio.

Con el cigarrillo en los labios y las manos en el volante, como ahora, el teniente Byscroy realizaba su ronda en los alrededores del puerto.

—Una tarde verdaderamente tranquila —dijo junto a él el sargento Adams, un tipo pecoso y fornido.

—Me gustaría estar franco de servicio mañana para llevarme a mi chica al campo —comentó Roland Brynes, el agente que completaba el trío.

Fue entonces cuando Larry vio venir la furgoneta de la Morris Enterprises.

El cerebro del teniente funcionó a la perfección, relacionando fecha, hora, situación.

—Dinero —murmuró mirando a Adams.

—¿Decía algo, teniente?

—Esa furgoneta. Hoy es jueves. Cerca de aquí está la sucursal del Eastern Bank. La Morris tiene una factoría en Glover Hill. Resumen: la furgoneta transporta el dinero de los jornales de los obreros de la Morris.

Apenas acababa de hablar cuando un gran «Cadillac» negro se separó del lugar donde había estado estacionado y avanzó rápidamente en dirección a la furgoneta, que se vio obligada a girar bruscamente.

El vehículo perdió el equilibrio y volcó aparatosamente, dando varias vueltas sobre sí mismo, hasta chocar contra la puerta de un garaje, que quedó completamente destrozada.

Byscroy reaccionó rápidamente.

—Llame a la estación, Adams. Pida refuerzos. Y una ambulancia. Apenas podía comprender lo que estaba ocurriendo, pero su instinto obró por él, poniendo el coche-patrulla en marcha.

Dos hombres se habían apeado del «Cadillac», y corrían hacia la furgoneta disparando como locos sus metralletas.

Byscroy vio cómo el conductor hacía esfuerzos por abandonar la cabina del volcado vehículo, cuando una ráfaga le cruzó el pecho.

Ni siquiera podía explicarse Byscroy la audacia de los atracadores, que se atrevían incluso a despreciar la presencia de un automóvil policíaco.

Pero comprendió de repente todo: el autopatrulla había estado aparcado en la esquina inmediata y sin duda no era visible para los hombres del «Cadillac».

Aceleró.

Brynes tenía ya la metralleta en la mano, dispuesto a actuar, con un gesto resuelto en su aniñada cara.

Apenas frenó el teniente, los dos hombres, Brynes y Adams, saltaron al suelo.

—Aguarden en la entrada —ordenó Byscroy, al advertir que los dos atracadores acababan de desaparecer en el interior del garaje—. Voy a ocuparme del que ha quedado en el «Cadillac».

El hombre sentado tras el volante estaba sacando una pistola al verle correr.

Byscroy esperó deliberadamente a que la colocara en situación de tiro.

Y entonces disparó dos veces su «P 38».

Cuando abrió la portezuela de golpe, el hombre, apenas un muchacho de veinte años, resbaló hasta caer sobre los adoquines.

Estaba muerto.

A toda prisa, Byscroy volvió a la carrera a la entrada del garaje, casi bloqueada por la volcada furgoneta.

Una ráfaga de metralleta le obligó a tirarse al suelo de bruces.

Allí, Byscroy renegó entre dientes. Adams y Brynes habían entrado en el garaje, desobedeciendo sus instrucciones de permanecer a la puerta.

Sinuoso y rápido como una serpiente, se deslizó junto a las ruedas de la furgoneta y alcanzó la angosta abertura que dejaba libre su mole.

Lo primero que vio fueron los grandes zapatos del sargento Adams.

Estaba tendido y tenía una gran mancha roja en el pecho.

Muerto, seguramente.

Más allá había otro bulto, en el que Byscroy reconoció fácilmente a Brynes.

Inmóvil, absolutamente inmóvil. Con la inmovilidad de los muertos.

Byscroy sintió que sus cabellos se erizaban.

Pero siguió adelante, cauto como un indio.

Hasta su oído bien entrenado llegó el tenue arrastrar de unos pies.

Disparó su «P 38».

Un alarido le dijo que había acertado plenamente.

Un hombre cayó al suelo, detrás de un elegante «Rolls Royce».

El tipo tenía la metralleta en la mano y evidentes intenciones de usarla.

Larry no se lo podía permitir. Y volvió a disparar.

El hombre emitió un sonido gutural y estampó su ancho rostro contra el suelo manchado de grasa consistente.

—Vamos, sabandija —gritó en voz alta Byscroy al otro atracador—. Sal de ahí con las manos en alto o iré a buscarte.

Cierto que Byscroy no veía a su enemigo. Pero sabía que el otro comenzaría a sentirse nervioso muy pronto.

—Todavía estás a tiempo. Si no sales, te cazaré —repitió, ahora con voz más templada. El rumor de unos envases de hojalata al caer le dieron la pista. El hombre se encontraba junto al muro del fondo, allá donde estaba un banco metálico y una estantería de herramientas.

Fue a alzar el revólver y el chasquido de los balazos sobre las planchas de la furgoneta le obligó a aplastarse sobre el suelo.

En aquel instante, del exterior llegó el chirrido de unos frenos.

Pero Byscroy no le concedió la menor atención, sabiendo que estaba arriesgando el pellejo.

El segundo atracador brotó de pronto detrás del «Rolls», disparando como un alucinado en todas direcciones.

El teniente aguardó serenamente.

Y en el momento que el hombre apareció ante él, disparó.

Aunque la bala había sido certera, el atracador siguió corriendo, impulsado por la inercia, y cayó sobre él.

Byscroy fue a levantarse rápidamente y no pudo.

El peso del corpulento cadáver se lo impedía.

Un nuevo personaje apareció en el garaje. Andaba lentamente, pero con indudable agilidad.

Antes de que Byscroy pudiera librarse del cadáver que le inmovilizaba, la persona recién llegada lanzó algo al suelo.

Una ampolla de gas que inundó el garaje de un humo blanquecino, sumamente tóxico.

Larry sintió que se ahogaba y forcejeó ferozmente para librarse del cadáver.

Una equivocación, porque al esforzarse aspiró más intensamente el gas.

Poco a poco las cosas perdieron su nitidez y finalmente Byscroy cayó de bruces, narcotizado.

Recobró el sentido una hora después, en la cama de un hospital.

Una enfermera retiró la campana de oxígeno y el rostro de un individuo con bata blanca apareció ante él.

—¿Se encuentra bien, teniente?

¿Bien? Larry se sentía mareado, con náuseas, con un terrible dolor de cabeza y una intensa sensación de inestabilidad, amén del amargo sabor de su boca.

—No es nada. Podrá levantarse ahora mismo si lo desea —volvió a insistir el doctor.

Nada había que desease más Byscroy que permanecer confortablemente tendido. Y dormir, dormir durante muchas horas.

Pero en la puerta de la habitación apareció el capitán McGrave.

McGrave cambió unas palabras con el doctor y luego se aproximó a la cama.

Le miró en silencio, con acritud.

—¿Qué ocurrió, teniente? Recibí su llamada —y añadió bruscamente—. Brynes y el sargento Adams están muertos.

De sobras lo sabía ya Byscroy. Y lo sentía muy hondo, aunque sus duras facciones permaneciesen imperturbables.

—Le contestaré en la estación, capitán. Voy a levantarme.

Lo hizo inmediatamente, sin esperar a que la enfermera abandonase la habitación. Se vistió apresuradamente y salió con

McGrave.

Media hora después, el teniente Byscroy rendía su informe al capitán.

Habló brevemente, dando detalles concisos, puntualizando hora, lugar y su actuación.

Cuando terminó, McGrave estaba denegando con la cabeza.

—Dice que una tercera persona arrojó una ampolla de gas. Pero no hemos encontrado ni rastro de señales de vidrios rotos.

Byscroy se irguió fulgurantemente. Y en sus ojos apareció el brillo de la rebelde furia que le caracterizaba.

—No estará pensando que me inventé la historia, ¿verdad? ¿O pretende que me narcoticé yo mismo? —preguntó en tono insultante.

McGrave no contestó inmediatamente.

Pero la expresión de su rostro sólo tenía un significado: sospecha, incredulidad...

—Le diré lo que encontramos cuando llegamos al garaje. Los dos hombres de la Morris Enterprise estaban muertos, tanto el conductor como el vigilante. También estaban muertos Adams y Brynes, dos de mis mejores hombres. Y dos pandilleros que han sido identificados: Fred Bellamy y Ringo Fowlley. En total, seis muertos. Y ni rastro de los doscientos mil dólares que transportaba la furgoneta para la factoría de la Morris.

Byscroy se pasó una mano por la frente y la retiró llena de sudor.

—Y bien... —Casi gritó—. ¿Trata de insinuar que me quedé con los doscientos mil? ¡Es una locura!

McGrave sonrió sibilamente.

—No tanto. He calculado los tiempos. Dispuso de diez minutos antes de que llegásemos nosotros, Byscroy.

Larry se incorporó, indignado.

Estaba dudando entre aplastar la roja nariz de McGrave de un puñetazo o disparar contra él.

—Siempre me ha odiado, capitán —murmuró, conteniéndose—. Sé que ha estado esperando una ocasión para desprestigiarme durante mucho tiempo. Y ahora cree haberlo conseguido.

McGrave se irguió también.

—Sólo tengo en cuenta mi deber, Byscroy. Rendiré mi informe

para los superiores. Por ahora, busque un mecanógrafo y firme su declaración. Eso es todo.

Larry se encogió de hombros y salió sin saludar.

Firmada la declaración, la entregó al ayudante y abandonó la estación de policía, relevado de servicio.

Pero al día siguiente recibió en el hotel una citación para comparecer ante el intendente general, Germán Parrish.

Acudió irrepudablemente vestido, dispuesto a plantar cara a cualquier acusación que fuera hecha contra él.

Ninguno de los oficiales de policía que comparecían formando parte del tribunal de disciplina le saludó.

Entonces el intendente se levantó y dijo con voz fría y distante:

—Lawrence Byscroy: este tribunal encuentra materia para proceder contra usted a raíz del informe del capitán Charles McGrave. Debe saber que...

CAPÍTULO III

Según el tribunal, el informe del teniente Byscroy era poco convincente y menos satisfactorio.

—Así ocurrieron las cosas, señor —bramó Larry, incorporándose en su asiento—. Y no puedo amañarlas para beneficiarme.

Parrish pareció no oírle siquiera. Hizo una seña a su ayudante y el sargento Wilson fue introducido.

—Sargento Wilson —empezó Parrish—, ¿es cierto que el teniente Byscroy manifestó ante usted, en cierta ocasión, que muy pronto iba a conseguir dinero en gran cantidad?

Wilson asintió, evitando mirar a Byscroy.

—Cierto, señor. El teniente parecía poco satisfecho con su actual situación económica. Para dar mi opinión, señor..., creo que Larry Byscroy no disponía de todo el dinero que ambicionaba.

De pronto Larry saltó sobre Wilson y le derribó de un puñetazo.

—¡Maldito enredador! ¿Serás capaz de tergiversar las cosas tan puercamente? ¡Voy a...!

Hubiera seguido golpeando a Wilson de no intervenir varios oficiales.

De vuelta a su asiento, Larry pensó que tenía la batalla perdida.

Una simple manifestación suya, inocente además puesto que Larry se refería a acertar en las carreras de caballos y ganar un buen premio, había sido utilizada por McGrave, en palabras de Wilson, para hundirle.

—Retírese, Byscroy. Este tribunal va a emitir su juicio. Será llamado dentro de unos minutos —dijo Parrish, heladamente.

Así fue separado Larry Byscroy de la policía. «Individuos violentos, amorales, sádicos... no pueden pertenecer a un cuerpo tan honorable como el policial», en palabras de míster Germán Parrish.

La conmoción que sufrió Larry fue tan intensa que durante unos

días vagó de un barrio a otro de la ciudad, emborrachándose y embruteciéndose.

Había tenido que entregar su revólver, su credencial... Ya sólo era un desgraciado al que cualquiera podía despreciar, escupir.

Byscroy se sentía tan herido que ni siquiera pensó en defenderse, en argumentar.

Sin embargo, ahora, tras la paliza que había recibido aquella noche, Larry comenzaba a pensar de forma distinta.

Quizá, con suerte, podría enderezar lo que se había torcido.

Algo le había llamado la atención: si Daisy Palmer le había interrogado sobre aquel dinero, se debía a que los doscientos mil no habían aparecido, al menos oficialmente.

La Palmer trabajaba para Hugh Linton, un lobo disfrazado con la piel del cordero, que explotaba algunos negocios ilícitos.

Larry recordaba haber cerrado algunos de los establecimientos de Linton unos meses atrás.

El motivo era más que válido: el teniente encontró a varios menores consumiendo drogas en una ocasión.

Y una repugnante reunión de invertidos y viciosos en otra.

Pero Larry sospechaba que Linton «engrasaba» a algunos policías puesto que algunos oficiales rehusaban investigar los negocios de Hugh.

Linton, que se hacía a todo, debía haber olido éxito en el asunto de la Morris. Si lograba vengarse de Byscroy y obtener un buen pico, ahora que Larry no estaba respaldado por la Metropolitana, mejor que mejor.

En tal caso..., ¿dónde estaba el dinero?

He aquí un interrogante que machacaba continuamente en el cerebro de Larry, del desgraciado y despreciado Larry Byscroy.

De repente tuvo noción de que llevaba mucho tiempo ante el bonito *bungalow* de Rosie Sandford.

Dio al contacto y arrancó.

Lo hizo muy a tiempo, porque apenas acababa de torcer por uno de los caminitos de la colonia de chalets, un coche policíaco apareció en el retrovisor del «Rambler».

Imaginar que Rosie había telefoneado a la policía no era pensar en algo absurdo. Amargamente, Larry pensó que a partir de allí no podría confiar en nadie.

Y no era ello todo.

Cuando fuesen descubiertos los cadáveres de la Palmer y sus tres matones, Hugh Linton lanzaría sobre él a un tropel de pistoleros con la orden de ejecutar a un tipo conocido por Larry Byscroy.

Por otra parte, si era cierta su sospecha de que Linton sobornaba a algunos policías, el *gángster* se daría prisa en dar el soplo: Byscroy estaba complicado en el cuádruple asesinato de Daisy y los tres gorilas.

McGrave sería el primero en buscar escrupulosamente una prueba contra él.

Apretó el acelerador, decidido a que los del coche patrullero no pudieran identificarle.

Y lo consiguió con poco esfuerzo.

Media hora después, alcanzaba High Mill-Inch, uno de los barrios más podridos de la ciudad.

A pesar de que sus huesos estaban molidos y todo su organismo era una inmensa y dolorosa hematoma, Larry sintió hambre.

Aparcó el coche en una callejuela oscura y minutos después entraba en el *snack* de Gooffrey Jones, un mestizo listo que estaba haciendo negocio en un tugurio frecuentado por hampones.

En cuanto entró, tres o cuatro tipos le miraron con curiosidad.

Byscroy los conocía de sobras, pero hizo como si no los hubiera visto y se apoyó en la barra.

Pidió un par de bistecs, ensalada y helado.

Estaba comiendo vorazmente, cuando escuchó el comentario:

—¿De ronda, teniente Byscroy?

Larry miró de reojo y comprendió que el que había hablado era Chuck Salley, un tipo enchulado que actuaba como... alcahuete en una casa de mala nota.

Ni se molestó en contestarle, pero el otro tomó su silencio por afirmación.

—No me haga reír, *pig*[1]. Todos sabemos que le han dado la cuenta. Y pensar que tipos como éste nos han estado chuleando... Un ladrón, un tipo repugnante y rastrero.

A Larry se le atragantó el bistec al escuchar las palabras de Salley.

E inmediatamente se separó de la barra y agarró a Salley por los

solapas dispuesto a vapulearle.

Un latigazo de dolor le recorrió el brazo: había olvidado que su codo derecho estaba casi inútil.

Jones, el dueño, se aproximó y miró a Byscroy sin pizca de amistad.

—Frene, Byscroy. Si le arrea a Salley, todos declararemos contra usted. Será mejor que coma y se largue —amenazó.

Salley se sacudió de sus manos como si apartase a un gusano, mirándole petulantemente.

—¿Le han acariciado, teniente? —se burló—. Claro, ya no puede ampararse en un carnet de la Metropolitana, puerco polizonte.

Byscroy tragó el acíbar sin inmutarse.

Sabía que no podría darle su merecido a Salley. No por ahora.

Pero algún día...

Regresó a su sitio lentamente y terminó de despachar su cena.

Poco después abandonaba el *snack*, despedido por los comentarios sarcásticos de los clientes de Gooffrey.

Volvió al coche. Instalado tras el volante, consultó su reloj. Estaba parado, seguramente, inservible por los golpes.

Pero la esfera luminosa del reloj de un establecimiento comercial señalaba las diez treinta de la noche.

Encendió un cigarrillo, mientras reflexionaba.

De tener que dormir en el «Rambler» de Daisy Palmer, ¿por qué no emplear las primeras horas de la noche en algo útil?

Arrancó.

A través de calles poco concurridas alcanzó la zona portuaria. No el puerto, sino el barrio cercano, donde había tenido lugar el atraco de la Morris.

Paró ante el garaje cuya puerta había destrozado la furgoneta al volcar.

La puerta había sido reparada y se encontraba perfectamente cerrada, según pudo comprobar Byscroy.

¿Valía la pena forzarla?

En realidad, ni siquiera sabía lo que buscaba.

Había llegado hasta el garaje impelido por alguna extraña fuerza. Pero ahora permanecía indeciso ante la puerta, dudando entre forzarla e investigar o volver al coche robado y largarse de allí.

Sin embargo, se decidió de repente.

Alzando la tapa del maletero, buscó la caja de herramientas y volvió a la puerta con un fuerte destornillador, un alicate y una pequeña segueta.

Remover la cerradura, arrancarla y cortar el gran candado que aseguraba la puerta por debajo le llevó más de un cuarto de hora.

A cada instante, Byscroy avizoraba a un lado y otro de la calle, temiendo ver aparecer de un momento a otro un coche-patrulla.

Sin embargo, todo aparecía desierto. De forma que empujó con sus precarias fuerzas la puerta corredera y logró deslizarla unos treinta centímetros.

Entró.

La leve claridad que penetraba por la claraboya del techo iluminaba suficientemente el interior.

Volvió a cerrar la puerta y avanzó.

El garaje estaba tal como lo había visto el día del atraco. Sólo faltaban los cadáveres y la furgoneta.

Registró uno por uno los tres automóviles estacionados simétricamente al fondo.

Sin encontrar nada positivo, Larry recorrió el garaje. Estaba ante la estantería metálica llena de latas de aceite, recambios usados y herramientas, cuando descubrió el respiradero que existía a la altura del suelo.

Era una abertura redonda, de unos cuarenta centímetros de diámetro, y estaba tapada con una rejilla.

Larry se inclinó al suelo y tiró de la tapa, que se desprendió con un chasquido de su alojamiento.

El conducto bajaba en dirección oblicua... ¿Hacia dónde? Indudablemente, servía para airear un sótano.

No encontrando ninguna puerta o trampilla accionable, Larry decidió dejarse resbalar por el inclinado conducto.

Con gran esfuerzo fue introduciendo su maltratada anatomía por aquel agujero que apenas permitía el paso de sus anchos hombros.

Estiró los brazos atrás, se dejó resbalar...

De pronto, Larry sintió que perdía sustentación. Y un segundo después se estrellaba contra el suelo.

Pero el golpe no fue doloroso, por extraño que pudiera parecer. Las tinieblas más densas le envolvían.

Esperó unos minutos, inmóvil. Trataba de comprobar si el rumor de su caída había sido oído por alguien.

Sin embargo, el silencio más absoluto le envolvía.

Larry olfateó el aire y su nariz se impregnó del olor que emanaban los trastos viejos, el polvo y las telarañas.

Sintiendo crujir todos sus huesos, logró ponerse en pie.

Dio un paso.

Sus pies tropezaron con un bulto. Por un instante temió que estuviese pisando un cadáver.

Desconcertado, Larry encendió su mechero.

Una exclamación ahogada salió de sus labios: en el suelo, alrededor de él, había tres grandes sacos de lona.

Y entonces comprendió que había encontrado el dinero.

CAPÍTULO IV

Apenas podía creerlo.

Y, sin embargo, allí estaban aquellos sacos con las iniciales del Banco.

Obsesionado, Byscroy rompió uno de los sellos y los fajos de billetes, crujientes, cayeron al suelo.

Una extraña sonrisa brilló en sus facciones hinchadas.

A la luz de la llama de su encendedor de gas, Larry dirigió una mirada al sótano.

Como había supuesto, estaba lleno casi a rebosar de muebles desechados.

Intrigado, buscó la entrada.

Había una escalera, húmeda, que servía de escondrijo a los roedores.

Ascendió lentamente, llevando en la mano izquierda la pistola arrebatada a Allody Rusk.

Las ratas se deslizaron entre sus pies, chillando asustadas.

Llegó arriba. La puerta que cerraba el paso tenía algunas rendijas, a través de las cuales se filtraba la luz.

El exteniente Byscroy miró al otro lado y vio... la calle.

Es decir, que el sótano tenía entrada independiente desde la calle y no parecía tener relación con el garaje inmediato.

Tranquilizado, apoyó un grueso listón sobre la puerta y tornó a descender los carcomidos peldaños de la escalera.

Su mente estaba trabajando a gran velocidad, adivinando los hechos ocurridos quince días antes.

Indudablemente, Bellamy y Fowlley, los dos atracadores de la furgoneta de la Morris, habían lanzado por el conducto de aireación los sacos que contenían el botín, antes de ser cazados por él mismo.

Muertos los dos, a nadie habían tenido oportunidad de comunicar el escondrijo del dinero. Un escondrijo que habían

elegido apresuradamente, sin duda, al tener idea de la presencia de la policía en el garaje.

Depositó el encendedor sobre el suelo y miró aquellos fajos de billetes nuevos y menos nuevos.

De pronto sintió la tentación de contarlos.

Y cuando hubo terminado de hacerlo, una amiguita de perplejidad se marcó en su frente.

Había contado exactamente quinientos mil dólares.

Temiendo haberse equivocado y cuando ya el encendedor apenas ofrecía una llamita azulada de un centímetro, volvió a contar el contenido de los tres sacos.

No había fallado: quinientos mil dólares.

¿Cómo era posible, si la Morris Enterprise había anunciado doscientos mil?

No siguió esbozando una hipótesis.

El mechero había agotado su carga y permanecer en el húmedo y maloliente sótano no era agradable.

Ni recomendable.

Quizá el «Rambler» detenido ante el garaje llamase la atención de algún coche patrullero.

Con gran esfuerzo, Byscroy fue llevando los sacos, uno por uno, al final de la escalera.

De nuevo hubo de forzar aquella angosta puerta de madera carcomida, lo que resultó más fácil de lo que pensaba.

Salió a la calle.

Tranquilizado al no advertir nada anormal, cargó los sacos en el maletero y cerró con llave.

Ligeramente excitado, sintió necesidad de fumar un cigarrillo. Por desgracia, cuando fue a encenderlo, el mechero, lógicamente, no funcionaba.

Arrojó el cigarrillo por la ventanilla y giró la llave de contacto.

Arrancó a buena velocidad, reflexionando en la necesidad de encontrar un lugar seguro donde guardar medio millón de dólares.

Iba a desviarse a la derecha, cuando un automóvil blanco y negro estuvo a punto de chocar con el suyo.

Byscroy se quedó lívido: en el coche-patrulla viajaba el teniente Deer con el sargento Klein.

Si a alguien no deseaba ver Larry era a aquellos dos tipos. Los

odiaba, porque tanto Deer como Klein aceptaban los regalos de individuos como Linton a cambio de hacer la vista gorda ante los sucios manejos del *gángster*.

Deer, asomado a la ventanilla, se admiró:

—Caray, pero si es nuestro excolega Byscroy, sargento. ¿Qué le parece? Byscroy a bordo de un flamante Rambler...

Los dos le miraban burlones, provocativos...

—La policía debiera conducir de forma más prudente, Deer. Han estado a punto de chocar contra mi automóvil. Y me ha costado buenos dólares —dijo serenamente Byscroy.

—Es fácil tener automóviles cuando se es un tipo como usted, Byscroy. ¿Con qué dinero lo compró? ¿Va a decirnos que heredó a su abuelita de Tennessee?

Larry crispó las mandíbulas.

De buena gana hubiera respondido a Deer como se merecía.

Luego, algo que parecía una sonrisa apareció en su cara.

—Rían cuánto quieran, camaradas. ¿Con qué he comprado este coche? Naturalmente, los doscientos mil dólares que me quedé dan para mucho. Todavía llevo algunos miles ocultos en el maletero. ¿Quieren registrarlo?

Deer y Klein perdieron la sonrisa y se miraron entre sí.

Larry contuvo la respiración.

Precisamente había hablado de aquella forma para despistar a los dos policías.

Pero ¿y si a pesar de todo lo tomaban al pie de la letra y encontraban los sacos con medio millón de dólares?

Fue Deer el que lanzó una risita hipócrita y dijo:

—Muy gracioso, Byscroy. Pero no se confíe. Encontraremos pruebas contra usted, pruebas que le llevarán a la cárcel. Y ahora... ¡lárguese! Procure no andar por ahí de noche. Puede tener alguna sorpresa desagradable. Hay mucha gente que le odia, usted lo sabe. Y la prueba está en su cara.

Larry rezongó su ira entre dientes.

Pero no contestó directamente al teniente Deer.

Embragó y se perdió de vista rápidamente.

Aún consumió media hora rodando de extremo a extremo de la ciudad, con el fin de hacer perder su pista a cualquier posible perseguidor.

Hacia las doce de la noche alcanzó un grupo de moteles en la carretera al sur.

Conocía al dueño de aquellos moteles, un tal Hyle, que jamás exigía a sus clientes otra cosa que cinco dólares por noche.

Afortunadamente, en la conserjería sólo había un anciano vigilante.

Ni siquiera se molestó en mirar el aspecto derrotado de Byscroy. Aceptó el pago del alquiler de uno de los moteles por tres días y le alargó una llave.

Larry volvió al coche y condujo por el caminito bordeado de tilos hasta el motel número veintiuno.

Bajó y metió la llave en la cerradura.

Durante unos instantes, aguardó. Luego abrió la tapa del maletero y sacó las tres bolsas de lona.

Las arrojó de cualquier manera bajo la cama y buscó una caja de fósforos.

Pensativo, encendió un cigarrillo y se dejó caer, derrengado, sobre la cama.

Con el cigarrillo en los labios, comenzó a pensar.

¿Qué podía hacer con aquel dinero?

Entregarlo sería lo más lógico.

Pero aquella acción tendría funestas repercusiones para él. ¿No sería aquélla la prueba de que el teniente Byscroy había robado el dinero realmente?

No, no podía presentarse ante el capitán McGrave y arrojar aquellos sacos sobre su mesa. ¿Entonces...?

Pensó con amargura que la solución estaría en quedarse con aquel medio millón. ¿No le habían arrojado de la policía, no le habían humillado y escarnecido?

Medio millón de dólares, camino de México, sería la compensación ideal.

Pero un tipo como Larry Byscroy jamás olvida. Y él pretendía ajustar muchas cuentas.

Guardaría el dinero, aunque la tarea se le antojaba dificultosa.

Cierto, puesto que mucha gente parecía interesada por el producto del atraco a la furgoneta de las empresas Morris.

En cualquier caso, Larry decidió que lo mejor sería descansar hasta el día siguiente.

Se levantó y fue al lavabo.

Sus labios se plegaron al contemplar la figura que le devolvía el espejo.

Los cabellos mojados, despeinados, la camisa llena de sangre, el rostro hinchado, los labios partidos...

Buscó en el pequeño armario-botiquín y restañó sus heridas con paciencia.

Luego bebió un vaso de agua y volvió a la cama. Apagó la luz.

Estaba comenzando a desnudarse, cuando escuchó pasos apresurados corriendo sobre el camino de grava.

Y un momento después alguien golpeaba impacientemente en su puerta.

Larry se envaró. ¿Nuevas complicaciones?

Buscó la pistola, montó el carro, y anduvo despacio hasta la puerta.

La abrió de golpe, esperando ver a la policía.

Lanzó una seca exclamación de improviso.

No era la policía.

Era una mujer. Que acababa de colarse tranquilamente en su motel y se abrazaba a él apretadamente.

Pero lo más chocante era que la mujer era muy joven y muy bella.

—¡Por favor, por favor, cierre esa puerta! —pidió ella, con un trémolo de angustia en la voz, dirigiendo una mirada temerosa a las sombras de fuera.

Byscroy obedeció.

Sentía el cuerpo palpitante de la mujer como una caricia entre sus brazos.

Sin embargo, su innata desconfianza le obligó a separarla inmediatamente.

—Está bien —dijo secamente—. Ahora explíqueme qué diablos le ocurre. Y no me diga que acostumbra a pasearse por el jardín a medianoche; no creo en cuentos de hadas.

Ella retrocedió como si la hubiesen abofeteado.

—Lo..., lo siento, señor. Me marcharé si está pensando que..., que...

—Todavía no le he dicho que se largue. Sólo le he pedido que me explique su enredo.

—Me llamo Sally Angeley. El hombre que ocupa el motel número veintitrés me engañó. Dijo ser agente de una productora cinematográfica y me aseguró que iba a facilitarme un contrato para rodar una docena de películas. Me hizo subir a su coche. Dijo que tomaríamos un avión para Los Angeles, pero ¡qué casualidad!, se quedó sin gasolina al llegar a estos moteles. Entonces decidió de repente que pasásemos la noche aquí... En realidad, sólo quería... Bueno, ya sabe, quería...

—¿Aprovecharse? —insinuó Larry, al ver que ella no encontraba la frase apropiada.

—¡Justamente! Me dijo con tremenda desfachatez que si quería triunfar debía ser complaciente con él. ¡Le insulté, le llamé cosas horribles! Entonces él me golpeó aquí.

En la fina barbilla de Sally aparecía, efectivamente, una manchita negra que confirmaba el puñetazo.

—Me derribó al suelo y me desengañó. Me dijo que jamás había trabajado para ninguna productora, pero que el truco le servía para ganarse los favores de las jovencitas.

Entonces salté hacia la puerta y... aquí estoy.

Larry sonrió mordazmente.

—¿Y qué quiere que haga por usted? Como le será fácil advertir, me disponía a dormir —dijo él.

—Bueno, yo... He dejado mi ropa en el motel —murmuró Sally Angeley, con un ademán expresivo.

—Está bien —se resignó Byscroy—. Entre en el cuarto de aseo. Hay un albornoz allí. Alguien debió olvidárselo. Póngaselo. Le cederé mi cama.

—Gracias, señor...

—Byscroy.

—Pero, señor Byscroy, no puedo aceptar. ¿Dónde dormiré usted...?

—No sea ingenua... ¡En el diván! ¿No es la solución de siempre? Dese prisa y póngase ese albornoz o...

Ella comprendió.

Apenas desapareció ella en el baño, Larry miró desesperadamente a todas partes, buscando un escondite más seguro para los sacos del dinero.

El diván. Debajo del mueble existía suficiente espacio. Por lo

demás, Larry iba a dormir allí y nadie sería capaz de extraer aquellos sacos sin que él percibiera la maniobra. Sally apareció unos minutos después, cuando Byscroy acababa de cambiar de lugar el dinero.

Ella tenía una sonrisa tímida en los labios y parecía embarazada.

—Estoy pensando, señor Byscroy, que...

El se aproximó lentamente.

—Llámeme Larry. ¿Qué era ello?

—No tengo derecho a causarle incomodidades. Ha sido muy gentil cediéndome su cama hasta mañana. Pero parece muy fatigado y, además, su estado...

—¿Se refiere a estas caricias? —preguntó cínicamente Byscroy—. No tiene importancia. Dentro de una semana, no quedará rastro de ellas. Y ahora váyase a la cama. Estoy cansado.

Se comportaba bruscamente a propósito.

Porque la proximidad de la mujer en la intimidad del pequeño motel le conturbaba.

Ella obedeció sin añadir nada.

Larry se dejó caer sobre el diván y ella apagó la luz.

—¿Cómo ha dicho que se llama ese fulano? —preguntó él de pronto—. Me refiero a su «cazatalentos».

—No lo he dicho, Larry. Pero aseguró que su nombre era Angus Fox —respondió ella en voz baja.

Larry se acomodó como pudo en el diván. El mueble no bastaba para contener su corpulenta humanidad y las piernas sobresalían veinte centímetros por el otro extremo.

—Está bien. Le haré una visita mañana y recuperaré su ropa.

CAPÍTULO V

El trino de los pajarillos le despertó muy temprano. Apenas acababa de salir el sol, cuando Byscroy se levantó del diván.

Un gemido se escapó de sus labios. La precaria posición sobre el diván había adormecido sus músculos y las punzadas de dolor que recorrían su cuerpo eran tan intensas que tuvo que contenerse para no gritar.

Sally Angeley dormía plácidamente en su lecho. Sus brazos, finamente torneados, se escapaban sobre las sábanas. Larry sintió la tentación de besarlos, pero se contuvo con un esfuerzo de voluntad.

Pensó en la muchacha.

Su historia parecía verídica. Pero no debía fiarse de nadie mientras no hubiese puesto el dinero en lugar seguro.

Se puso la sucia y pegajosa americana y salió afuera.

La puerta del motel veintitrés cedió silenciosamente cuando Larry la empujó.

Pasó adentro, con precauciones. Sin embargo, un minuto más tarde comprobaba que el motel estaba desierto. Angus Fox había decidido poner tierra por medio, sin duda temeroso de verse implicado en un escándalo.

Abrió el armario del dormitorio. Varios vestidos sencillos aparecían perfectamente colgados de sus perchas.

En lugar de recogerlos y meterlos en la maleta que había sobre una silla, Larry volvió a su motel.

Cuando empujó la puerta y pasó al dormitorio-*living*, Sally estaba despierta y se desperezaba como un gatito.

—Buenos días, Larry. ¿Durmió bien?

—Digamos que descansé —respondió él. Y añadió bruscamente —: El motel veintitrés está desocupado. He visto su ropa en el armario ropero. Será mejor que vaya allí y se vista.

Ella estaba mirándole fijamente.

Ahora, a la luz del nuevo día, Larry Byscroy parecía más joven y más guapo.

La hinchazón de su rostro había decrecido y el descanso había borrado el rictus de fatiga de la noche anterior.

—Después tendremos que buscar algo para comer. Estoy hambriento.

—Yo arreglaré eso —dijo ella, sonriente—. En el congelador del otro motel hay algunos alimentos. Prepararé un buen desayuno, Larry.

Saltó de la cama ágilmente, pareció ruborizarse cuando los ojos del hombre se detuvieron en sus muslos, y salió a la calle.

Larry aguardó unos instantes. E inmediatamente cargó con los sacos del dinero y los devolvió al maletero de su «Rambler», cerrando con llave.

Tranquilizado respecto a aquello, entró en el lavabo y se afeitó con cuidado, se duchó y se miró finalmente en el espejo, aprobando su aspecto.

La muñeca le dolía bastante, pero el codo se movía con mayor soltura.

Cuando salió, Sally Angeley canturreaba en la cocina, mientras el aroma de jamón frito se escapaba por el pasillo.

Desayunaron en silencio, con verdadero apetito.

Larry tuvo que reconocer que ella sabía preparar un desayuno: jamón frito, huevos, mermelada y café abundante fueron despachados vorazmente por el exteniente Larry Byscroy.

—Y bien, Sally —dijo él, mirando el bonito vestido estampado que ella vestía—, ¿qué piensas hacer?

Ella sonrió débilmente.

—Tendré que buscar un nuevo empleo. Pedí la cuenta a míster Grimmy, el jefe de mecanógrafas. Y no creo que estuviese dispuesto a admitirme de nuevo.

—¿Tienes dinero?

—Apenas cinco dólares. Pero saldré adelante —aseguró ella con decisión—. ¿Y tú, Larry?

—Estoy cesante, como tú. Me despidieron de la policía...

Sin inmutarse, él se lo contó todo, excepto el hallazgo del dinero.

—¡Oh, Larry! —exclamó ella al final—. Fueron muy injustos

contigo. Pero puedes contar conmigo. Si puedo ayudarte...

Byscroy sonrió irónicamente. Pero contestó:

—Gracias, Sally. Pero no creo que volvamos a vernos. He alquilado este motel por tres días. Si quieres ocuparlo, puedes hacerlo.

—Es posible que acepte tu oferta. También liquidé mi pensión. ¿De veras no puedo hacer nada por ti?

—Quizá sí. Vamos, iremos a la ciudad. Luego te dejaré donde te convenga.

Ella recogió la vajilla y dejó la cocina perfectamente ordenada.

Salieron. Larry subió al coche y abrió la portezuela derecha.

Luego el automóvil rodó hasta la conserjería. Larry bajó y habló unas palabras con el anciano encargado.

Su rostro había cambiado de expresión cuando preguntó sin mirar a Sally:

—¿Alquiló Fox en persona el motel veintitrés?

Ella denegó con la cabeza. Y la tensión de los músculos faciales de Larry decreció.

Porque el viejo acababa de decirle que fue una mujer la que alquiló aquel apartamento.

—El permaneció en su automóvil y me envió con cinco dólares a hacer la gestión. Ahora comprendo que tenía miedo de que le reconocieran y le echaran a perder su plan. Sin duda, ha debido traer a otras muchachas a este mismo lugar.

Era lógico. La desconfianza que Larry había sentido después de hablar con el anciano se esfumó, porque Sally hablaba serenamente, sin darle mayor importancia al asunto.

Al fin, el automóvil rodó por las calles de la ciudad.

Al cabo, él frenó a cincuenta metros del hotel donde había vivido hasta entonces.

Sally le vio garrapatear unas frases en una hoja de su agenda.

—Sólo un pequeño favor, Sally. Entra en ese hotel y entrega esta nota en recepción. Te darán una maleta con mis cosas. Si te preguntan por mí, di que te estoy esperando en la estación de autobuses. Sonríe, hazles creer que nos alejamos de la ciudad. Cuando salgas, antes de entrar en el coche, asegúrate de que nadie te sigue.

Ella escuchaba muy atenta las explicaciones. Pero no hizo

preguntas.

—De acuerdo, Larry. Confía en mí.

Bajó del coche.

Larry siguió con sus ojos el suave balanceo de sus caderas. Y pensó que Sally Angeley le gustaba una enormidad.

Pero él debía dedicarse a resolver su embrollo y olvidarse de que unas vacaciones en las Bermudas en compañía de Sally hubieran sido deliciosas.

Apenas tuvo que aguardar quince minutos: Sally apareció en la puerta del hotel, avanzó por la acera hasta un puesto de periódicos, adquirió un diario, miró disimuladamente atrás y cuando se cercioró de que nadie la vigilaba penetró rápidamente en el «Rambler» y se sentó junto a Byscroy.

—¿Satisfecho? Tenías razón, Larry, el tipo de recepción me preguntó muy interesado por el nuevo domicilio del exteniente Byscroy. Incluso se ofreció a enviar esta maleta por mensajerías. Respondí tal como me indicaste y el individuo pareció chasqueado.

—Bien hecho, pequeña. Gracias por todo. Ahora, toma; te hará falta algún dinero por si no encuentras empleo.

Larry ofrecía a la chica unos billetes, que ella no se atrevía a tomar.

—Vamos, no seas tonta; me los devolverás cuando todo te vaya bien.

Sally tomó los billetes con manos temblorosas.

—Pero... ¡Larry, son cincuenta dólares! ¡Jamás podré ahorrar para devolverte tanto dinero! —protestó.

El la miró con gesto adusto.

—No voy a pedirte nada a cambio, Sally.

—Lo siento, Larry. No quise ofenderte. Quise decir...

—Lo sé. Ahora tengo que hacer algunas gestiones, Sally. ¿Dónde quieres que te deje?

Una sombra de tristeza pasó por los ojos dorados de la joven.

—Ya sé que tenemos que separarnos, Larry. Bien, llévame a la calle Hughes. Suplicaré a míster Grimmy que me admita de nuevo. Es un trabajo odioso y aburrido, pero no tengo otra solución que intentar recuperar mi empleo.

Larry dio al contacto y arrancó suavemente.

Condujo en silencio durante diez minutos.

—Escucha, Sally —dijo al cabo, sin mirarla—. No te preocupes. Si no consigues tu empleo, puedes vivir dos semanas con esos cincuenta dólares. Pero además...

—¿Sí, Larry? —dijo ella ansiosamente.

—Volveremos a vemos. Estaré fuera de la ciudad algunos días. Pero te buscaré cuando regrese.

A ella le brillaron los ojos más de lo normal.

—De acuerdo, Larry. Si quieres dejarme algún mensaje, anota esta dirección: Silver Street, 35. Allí vive Polly, mi única amiga. Ella te dirá dónde puedes encontrarme.

Larry frenó suavemente a la altura de Hughes Street y miró a Sally.

—Adiós, Larry. Has sido muy bueno conmigo. Ojalá que regreses pronto.

—Adiós, Sally. Eres una chiquilla encantadora. Suerte.

Ella empujó la portezuela para salir. Pero pareció arrepentirse. De pronto le echó los brazos al cuello y le besó en los labios apretadamente.

E inmediatamente bajó del coche.

Antes de desaparecer en el vestíbulo de un viejo edificio gris, Sally alzó el brazo en señal de saludo.

CAPÍTULO VI

El teléfono tintineó sobre la mesa del capitán McGrave.

El oficial estaba manteniendo una conversación profesional con uno de sus hombres cuando se produjo la llamada.

—Sí, McGrave. ¿Es usted, teniente?

—Deer al habla. Escuche, capitán. Estoy en el garaje de la calle O’Leary.

—Bien, ¿repararon mi coche?

—A ello me refiero, capitán. Será mejor que venga aquí rápidamente.

McGrave soltó una exclamación poco académica.

—¿Que vaya ahí? ¿Se ha vuelto loco, teniente?

—Le aseguro que no, señor. He encontrado algo muy importante. Y tendremos que ponemos de acuerdo. Estoy seguro de que nos entenderemos.

McGrave se congestionó.

No podía comprender que el teniente Deer, uno de sus subordinados, le hablase de aquella forma: irrespetuoso, irónico, enigmático.

—Dígame de qué se trata, Deer —escupió, reteniendo la sarta de maldiciones que le venía a los labios.

A través del hilo telefónico llegó la risita de Deer.

—Usted lo sabe muy bien, capitán. Se refiere al hallazgo que acabo de efectuar en el maletero de su coche.

Le diré cómo ocurrieron las cosas: Sims, el mecánico, insistió en que me llevase el carburador viejo, desmontado del motor. Así que abrí el maletero y... ¿comprende?

McGrave no comprendía, no podía comprender.

Pero intuía que lo que el teniente iba a decirle no era apto para ser voceado a través de una línea telefónica que pasaba por la centralita.

Y la centralita la atendía *miss* Mónica Springler, una chismosa de cuidado.

—De acuerdo, teniente —susurró finalmente—. Estaré ahí dentro de unos minutos.

Colgó y se volvió al sargento Harper.

—¿Quiere dejarme su coche, Harper? Estoy seguro de que no han dejado el mío como debieran en ese maldito garaje. Quizá Deer no quiere abroncarles y prefiere que vaya yo.

Harper se puso en pie inmediatamente.

—Desde luego, capitán. Las llaves están colocadas en el tablero.

McGrave tomó su sombrero y abandonó su despacho.

Entró en el ascensor y bajó al garaje del sótano. Buscó entre los automóviles estacionados y encontró el «Chevy» de Harper.

Poco después abandonaba la estación de policía a velocidad superior a la normal.

Tan absorto conducía que en el primer cruce siguió adelante sin respetar el disco rojo y estuvo a punto de ser embestido por un gran «Buick», cuyo conductor comenzó a vomitar amenazas y palabrotas de todos los estilos.

Al fin alcanzó la calle

O'Leary

y penetró por la gran arcada que daba entrada al garaje.

En el corral, junto al túnel de lavado automático, estaba el teniente Deer.

—Escuche, Deer, si trata de gastarme una broma pesada haré que se arrepienta —bramó en cuanto tuvo al alcance de su vista al teniente.

—¿Broma, capitán? —susurró Deer, flemático—. No considero una broma el hecho de tropezarme con doscientos mil dólares.

Giró sobre sus talones y rodeó el fabuloso «Lincoln Continental» de McGrave.

El capitán le siguió inmediatamente, entre furioso y perplejo.

Deer metió la llave en la cerradura del maletero y la alzó a medias.

A McGrave se le desorbitaron los dos al ver los sacos del Banco.

—¿Qué quiere decir esto, Deer? —preguntó, con los ojos inyectados en sangre.

—¿No cree que debía ser usted quien me diera una explicación?

He abierto uno de esos sacos: está lleno de fajos de billetes, ¿se da cuenta?

Claro que McGrave se daba cuenta.

Se encontraba metido en un embrollo infernal: si Deer le denunciaba, ¿cómo justificar la existencia de aquellos sacos de lona repletos de billetes?

Indudablemente pensarían que los había robado, cargando las culpas al teniente Byscroy.

Enrojeció, palideció, tomó a enrojecer, se atragantó...

Deer le miraba fijamente, como esperando aquella explicación.

—Escuche, Deer: no he puesto esos sacos ahí, si es lo que está pensando. Alguien se aprovechó de las circunstancias para dejar ese dinero y comprometerme, ¿no lo comprende?

Deer sonrió, incrédulo.

—¿El teniente Byscroy, tal vez? —preguntó, sardónico.

—Tal vez —jadeó McGrave—. Byscroy me odia. Es capaz de...

—No me tome por un colegial, capitán. ¿Quiere hacerme creer que Byscroy iba a desprenderse del dinero que le ha costado la expulsión del Cuerpo de Policía? No, sería absurdo. Pero tranquilícese; estoy dispuesto a ser razonable.

A McGrave le temblaron las manos. Deer estaba tergiversando las cosas y aquello le sacaba de quicio.

—¿Qué insinúa? —preguntó, tremante de ira.

—Es fácil; nada tendrá que temer, porque nadie sabrá que el capitán McGrave guardaba en el maletero de su lujoso automóvil tres sacos con doscientos mil dólares.

McGrave inició una carrerita nerviosa, para volver enseguida junto al teniente.

—¿Está seguro de que hay doscientos mil, teniente? —preguntó, desconfiado.

—No los he contado, como es obvio. Pero fue ésa la cantidad que desapareció cuando el atraco Morris, ¿no es cierto?

McGrave entornó los ojos y miró fijamente a Deer.

—Es posible. Pero ¿qué es lo que me propone?

—Beneficios al cincuenta por ciento. Cien mil para usted, cien mil para mí. Yo mismo me encargaré de quemar esos sacos, de hacer desaparecer cualquier indicio...

—¡Está loco, teniente! Su proposición supone un delito... ¡Le

haré detener, le arrojaré del Cuerpo! —explotó McGrave, lívido.

—Hágalo —repuso Deer, fríamente—. Declararé ante el fiscal que encontré el dinero en su coche. Sería un excelente servicio que tal vez me valdría el ascenso... ¡Y usted se arruinaría, capitán McGrave!

El otro comprendió que Deer tenía razón.

No era que McGrave fuese honrado, ni siquiera que experimentase temor.

La realidad era que no quería repartir con él.

—¿Qué decide, capitán? —preguntó Deer, balanceándose sobre sus caderas, jactanciosamente.

McGrave se puso en marcha, abriendo la portezuela y dejándose caer tras el volante.

—Está bien, usted gana, teniente. Cierre con llave y suba conmigo. Diré a uno de los mecánicos que devuelva el coche a Harper. Vamos a dar un pequeño paseo.

Abandonaron el garaje a bordo del lujoso «Lincoln».

Media hora después McGrave se apartaba de la carretera y rodaba despacio sobre un caminito que llevaba al río.

Al fin el automóvil se detuvo en un lugar solitario, oculto a las miradas de cualquier posible curioso.

Bajaron.

McGrave no dejaba de vigilar un momento a Deer, que le espiaba a su vez por el rabillo del ojo.

Eran como dos zorros arteros y traidores, dispuestos a lanzarse sobre el cuello de su enemigo al menor descuido, al menor error.

Deer tropezó con una piedra y trastabilló.

Al instante, McGrave se llevó la mano a la axila.

Pero Deer era joven y se irguió repentinamente, obligando al capitán a disimular su gesto.

—Abra, teniente —rogó McGrave.

Deer se situó de frente, junto a la parte posterior del «Lincoln».

Sin prisas, seleccionó una llave del llavero que acababa de tomar del tablero de instrumentos.

El viento soplaba fuerte a pesar de que el sol, radiante, brillaba en lo alto.

Deer alzó la tapa del maletero con cuidado. Y se apartó un paso.

—Saque los sacos, Deer. Comprobaremos su contenido y

realizaremos el reparto —dijo McGrave, plegando los delgados labios.

Deer chasqueó la lengua y denegó con la cabeza.

—No —dijo convencido.

—¿No? ¿Por qué? ¿Está loco?

—Eso es lo que ocurre; que no estoy loco. Para ser sincero, capitán; no me fío de usted.

Sáquelos por sí mismo.

McGrave se apoyó sobre las planchas del coche.

—¿Y por qué he de fiarme yo, teniente? Conozco su hoja de servicios. Y sé que es un arribista, un tipo ambicioso, duro y egoísta.

Deer alzó las manos en gesto de conciliación.

—Está bien, sacaré esos sacos si saca su pistola con cuidado y la deja caer al suelo.

McGrave sonrió. Una sonrisa que parodiaba a las hienas.

—¿Por qué no...? Le demostraré que soy capaz de arriesgarme.

Metió la mano en la axila.

Lentamente, con infinita lentitud, McGrave extrajo la pistola con dos dedos y la dejó caer al suelo.

—Podría pedirle que hiciese lo mismo con su revólver, teniente. Pero no me importa. Saque ese dinero. ¡Repartamos!

Deer avanzó dos pasos y asestó un patadón a la pistola de McGrave. El arma salió disparada y desapareció en el agua rojiza del río.

—Eso es otra cosa, capitán —aseguró el teniente—. En realidad, vamos a embolsarnos un buen pico y nos interesa llevarnos bien.

Alzó la tapa del maletero y aprisionó entre sus manos el primer saco.

De repente, McGrave saltó sobre él.

El capitán era un hombre robusto y achaparrado, y poseía una sorprendente fuerza en sus brazos musculosos.

Cargó todo el peso de su cuerpo contra la tapa del maletero, con fría brutalidad.

Deer lanzó un gemido de angustia al sentir su cuello atrapado entre la arista de la tapa y la base del portamaletas.

Se agitó, se revolvió desesperadamente.

Pero McGrave no cedió un milímetro. Apretaba, apretaba con todas sus fuerzas, con los ojos desorbitados y sus músculos

convertidos en cables de acero.

Luego notó que el cuerpo de Deer iba aflojándose lentamente, que sus músculos iban perdiendo la agónica tensión.

Aguardó unos minutos, notando que el cansancio comenzaba a amenazarle.

Al fin aflojó su presión y Deer se escurrió hasta el suelo.

El capitán le dirigió una mirada experta y comprendió que sus vértebras cervicales se habían separado, produciéndole la muerte instantánea.

Con una sangre fría inaudita separó el cuerpo del teniente y abrió los sacos que contenían el dinero.

Demostrando un ansia febril, volcó las bolsas sobre la esterilla de goma del portaequipajes.

Contó los fajos, comprobó el número de billetes que integraban cada fajo.

Perlas de sudor poblaban su frente, resbalaban por sus mejillas y humedecían su camisa de quince dólares.

Pero McGrave no se fijaba en aquello. Afanosamente, contaba y contaba, calculaba mentalmente.

Un gesto de perplejidad primero, de ira después, se plasmó en su cara ancha y brutal al comprobar que allí sólo había doscientos mil dólares.

Luego pareció serenarse.

Se apartó del coche, recogió algunas ramas secas en sus manos, las amontonó, se inclinó sobre ellas y les prendió fuego con su «Dupont» de oro.

Mientras ardían los envases del Banco, McGrave cerró la tapa del maletero y buscó un cable de acero, fino pero resistente.

Sin experimentar el menor sentimiento, ató el cable a un tobillo del cadáver de Deer.

Luego aseguró el otro extremo al parachoques trasero de su coche.

Esperó tranquilamente, fumando un cigarrillo, a que los restos calcinados de los sacos estuvieran completamente consumidos.

Entonces desparramó las brasas con los pies y se dejó caer tras el volante, decidido a llevar adelante su plan hasta el último instante.

El «Lincoln» se puso en marcha, arrastrando brutalmente sobre los pedruscos el cadáver del teniente Deer.

Durante media hora, McGrave condujo su potente automóvil a través de caminos ásperos, erizados de rocas.

Sólo entonces dio la vuelta y volvió por donde había ido.

Antes de llegar a la carretera, McGrave bajó del coche y miró el amasijo de huesos y sangre que arrastraba.

Sonrió.

El rostro de Desmond Deer era por completo irreconocible.

Entonces escaló tras el volante la pendiente que llevaba a la carretera y aguardó hasta comprobar que ningún vehículo transitaba sobre el asfalto.

Bajó y soltó el cable, arrojándolo lejos, hacia el río.

E inmediatamente registró a Deer, le desposeyó de sus documentos y le arrastró hasta los vierteaguas de la cuneta, abandonándole.

Volvió a su automóvil y condujo hacia la ciudad, lanzando de cuando en cuando un gruñido de satisfacción.

CAPÍTULO VII

De la podredumbre, del soborno y del enfangado lodazal del vicio pueden mantenerse apartados algunos policías.

Leslie Harper, por honrosa voluntad personal, era uno de ellos.

A la una cuarenta y cinco, el capitán McGrave volvió a su despacho y le ordenó presentarse ante él.

—Le envié su coche con un mecánico, teniente —dijo el capitán, ordenando mecánicamente los objetos que había sobre su mesa.

—Sí, señor. Me llamaron desde el garaje.

—Gracias por el coche, Harper. Deer no me llamaba por lo que supuse. En realidad, cuando llegué al garaje, él se había marchado. Uno de los mecánicos me dijo que Deer parecía muy nervioso, que se había marchado en un taxi que paró ante el garaje. He tratado inútilmente de encontrarlo. Y temo por él. Tal vez descubrió algo relacionado con el atraco Morris; él trabajaba en el caso.

Harper no hizo ningún comentario. Pero le extrañaba que McGrave diese tantas explicaciones.

Porque era un hombre poco comunicativo y excesivamente autoritario y seco para con sus colaboradores.

—Ocupese del caso, Harper, si Deer no vuelve antes del anoecer. Pero ahora puede marcharse a almorzar —dijo McGrave.

Y Harper se alegró de poder alejarse de la estación de policía y poder permanecer en casa hacia las tres de la tarde.

Tomó su «Chevy» en el garaje y se encaminó hacia Gillborough, un barrio situado en las colinas orientales.

Harper poseía un hotelito allí. Y aunque era soltero, se las valía bastante bien en la cocina. Al menos de la forma más elemental exigida a la hora de preparar unos bistecs y unos huevos.

Mientras conducía hacia Gillborough, pensó en Larry Byscroy.

Si había una persona —¡una sola persona!— que creyese en la inocencia del teniente Byscroy en el caso Morris, ése era Harper.

Cuando Harper fue ascendido a sargento, en Byscroy había tenido a un maestro que jamás daba un paso en falso.

Harper, tres años más joven que Larry, había admirado francamente la fría decisión, los conocimientos profesionales y el pundonor personal del teniente Byscroy.

Cierto que reprobaba algunos de sus métodos, por considerarlos brutales en ocasiones.

Pero teniendo en cuenta el ambiente de depravación y podredumbre que reinaba en la ciudad, Byscroy tenía justificada su forma de actuar, la única vía posible para entenderse con hampones, *gangsters*, ladrones, asesinos, prostitutas, estafadores y políticos corrompidos.

Alcanzó los barrios periféricos, mientras seguía pensando, y aumentó la velocidad considerablemente.

A veces, Harper se reprochaba a sí mismo su falta de decisión, que no le permitía enfrentarse abiertamente a la corrupción, como había hecho sistemáticamente Larry Byscroy.

También a Harper le habían ofrecido unos centenares de dólares, o le habían enviado una jovencita adorable cuando penetraba en un antro, en alguno de los tugurios que existían en la ciudad, más o menos camuflados.

Las «jovencitas adorables», escasamente vestidas, escasamente ingenuas, falsamente pudorosas eran la principal arma a favor de la extorsión, del soborno...

Harper sabía que muchos policías maduros que habían resistido ante un puñado de dólares, habían flaqueado cuando se sentían blanco de la admiración «respetuosa» de alguna de aquellas muchachitas que podían encontrarse en los *nights clubs* de Hugh Linton, Bob Barnes...

Leslie Harper había resistido a todas aquellas especies de sobornos. Pero no por ello se sentía satisfecho.

Su ética, su sentido de la justicia, le decían claramente que había que hacer mucho más.

De sobras sabía que McGrave había tenido para con él alguna deferencia porque algo extraño había ocurrido.

Había escuchado con disimulada atención la conversación telefónica que el capitán había mantenido con el teniente Deer.

Y precisamente por ello necesitaba estar en su hotelito de dos y

media a tres. Larry Byscroy pensaba comunicarse con él a aquella hora.

Diez minutos después se detenía ante una bella hilera de construcciones situadas en un atractivo declive, en medio de rosales y setos verdes que exhalaban frescura.

Aparcó el coche a la sombra, penetró en su casa.

Se desnudó aprisa y tomó una ducha, dejando la puerta abierta para poder escuchar el teléfono.

Todavía tuvo tiempo para encender el horno de la cocina y calentar medio pollo que tenía en el frigorífico.

Fue mientras comía con buen apetito cuando sonó el timbrazo.

Harper se limpió apresuradamente los labios con una servilleta de papel y corrió hacia el *living*.

Alzó el auricular y la metálica voz de Larry Byscroy resonó en su oído.

—¿Leslie? Larry desde Ohio. ¿Puedo hablar?

—Lisa y llanamente, Larry. Estoy solo.

—Okey, Leslie. ¿Ha ocurrido algo?

—Yo diría que sí. Pero todavía no sé cómo juzgar la actitud de McGrave. Escucha... Le contó todo cuanto sabía, relacionado con la conversación de McGrave y Deer, así como la explicación del capitán cuando volvió a su despacho.

Al final, Byscroy rió quedamente.

—Todo va bien, Leslie. ¿Sigues empeñado en ayudarme?

La voz de Leslie Harper no tembló.

—Seguro. Sé que la razón está de tu parte. Y aunque todo esto me perjudique, estoy dispuesto a correr los riesgos que sean necesarios.

—Perfecto, sargento. Gracias. ¿Hiciste mi otro encargo?

—Sí. El «viejo» abrió unos ojos como platos cuando le entregué tu encargo. No se ha comprometido a nada, pero se avino a aguardar cuatro días, como máximo.

Byscroy tardó un momento en contestar:

—Es suficiente. Me encuentro bien y no quiero esperar más. Volveré mañana mismo. Esta noche tomaré el *jet* de las cero horas de la madrugada.

—De acuerdo. Puedes venir aquí, Larry. Dejaré la llave en el farolillo del porche. Suerte. ¿Alguna cosa más?

—Nada. Excepto darte las gracias de nuevo. Nadie más que yo puede celebrar que aún trabajen hombres honestos en la Policía. Adiós.

Leslie colgó el auricular, pensativo.

Luego terminó de almorzar sin prisas, se afeitó y se vistió.

A las cuatro volvía a la estación de policía.

Inmediatamente, al pasar por los distintos despachos de las Brigadas, advirtió un movimiento espectacular.

Al tropezar con el sargento Klein en el pasillo, Harper le abordó, intrigado:

—Espera, Jim. ¿Qué diablos ocurre? La gente parece haberse vuelto loca.

—¿No lo sabes? El cadáver de Desmond Deer, espantosamente desfigurado, ha sido hallado por un camionero. McGrave parece haber enfermado. Ha movilizado a todos los hombres, incluidos los que disfrutaban licencia. Con una sola orden: encontrar a Larry Byscroy, vivo o muerto.

Harper sintió zumbas en sus sienes.

A pesar de ello, simuló una gran curiosidad al preguntar:

—¿Byscroy? ¿Qué tiene que ver con el asesinato de Deer? Suponiendo que no sea un accidente.

—Abre los ojos, Harper. Byscroy es un asesino, un tipo maniático, rencoroso, al que todos debemos odiar. Nos da mala fama.

Harper rechinó los dientes de cólera y sus manos se posaron sobre las solapas de la chaqueta de Jim Klein.

—Escucha, Klein. Mi trabajo en la policía me ha acostumbrado a indagar siempre datos concretos. ¿Qué diablos tiene que ver Byscroy? ¿Existe alguna acusación directa contra él?

Klein se libró fría y despreciativamente de sus manos y sonrió irónicamente.

—Eres demasiado blando, Harper. Estoy pensando que tal vez simpatizas con Byscroy, ¿eh? Está bien, ándate con cuidado. Junto al cadáver de Deer se ha encontrado una curiosa cadenita de acero, de ochenta centímetros de longitud. Recuerda, recuerda..., ¿no era así la cadena con la que siempre jugueteaba inconscientemente Larry Byscroy?

Harper sintió que una mano helada le oprimía el corazón.

Y una duda le atormentó inmediatamente.

¿Sería posible que estuviera equivocado respecto a Byscroy?

¿Qué Larry sólo fuera un tipo pervertido, un enfermo mental, un ser maniático, capaz de asesinar a un compañero?

Apenas escuchaba lo que Klein seguía desgranando en sus oídos.

—Suma dos y dos y sólo tendrás cuatro, Harper. McGrave había encargado a Deer investigar todo lo relacionado con el caso Morris. Deer encontró algo extraño y llamó al capitán. Pero cuando éste llegó...

Harper se separó bruscamente de Klein, que le siguió con una mirada venenosa.

Antes de penetrar en el despacho del capitán McGrave, Leslie fue al final del pasillo y entró en el lavabo.

Se miró en el espejo y vio sus ojos enrojecidos, erráticos, impregnados de duda.

¿Era posible que se hubiera equivocado, que las palabras de Larry no fueran sinceras...?

Abrió el grifo del agua fría y se refrescó las sienes.

Aquello pareció despejar un tanto sus ideas.

Se enjugó el rostro con una toalla de papel y volvió a salir.

Cuando entró en el despacho de McGrave, el capitán repartía instrucciones en voz acalorada a sus hombres reunidos alrededor de su mesa...

—¡A Byscroy no se le puede dar tregua! Es necesario encontrarlo, sitiario, acorralarlo... Y si se resiste... ¡Será mejor que dispares antes de que tengamos que lamentar una nueva baja! Ya he esbozado la situación ante todos ustedes; los indicios señalan a Lawrence Byscroy como potencial asesino del teniente Desmond Deer, uno de nuestros mejores camaradas...

CAPÍTULO VIII

Sally Angeley suspiró ostensiblemente y miró el reloj de la oficina.

Añoraba a Larry Byscroy, aunque pretendiera ocultárselo.

Hacía cinco días que Larry la dejara ante la puerta de la oficina. Y desde entonces su pensamiento había estado fijo en el rubio y atlético teniente de la policía metropolitana.

Había sido rudo para con ella. Pero se había comportado como un hombre honrado, no como un policía encanallado y venal.

Había algo que Sally no había podido comprender todavía: el irascible y desagradable míster Grimmy la había admitido sin discutir.

¡Y pensar que cuando pidió la cuenta unos días antes rezongó y gruñó hasta la extenuación...!

La extrañeza de Sally Angeley estaba justificada; todavía no sabía que aquella oficina pertenecía a uno de los negocios que explotaba un tipo llamado Hugh Linton.

Tampoco sabía que Grimmy estaba aleccionado para el caso de que *miss* Angeley volviera al trabajo, lo que inexorablemente debía ocurrir.

Sally contaba los minutos que faltaban para el final de la jornada. Porque ansiaba tomar un taxi y correr hasta el número treinta y cinco de Silver Street.

Allí vivía Polly Webb, su mejor amiga.

Y tal vez Polly hubiese recibido algún mensaje de Larry Byscroy.

Cuando dieron las seis, Sally tapó su máquina con la funda de plástico, recogió su bolso y se dirigió a la salida, seguida por la dura y reprobadora mirada del canijo míster Grimmy, que padecía una hipercloridria crónica que le había envejecido prematuramente.

Bajó en el ascensor, anticipándose a todas sus compañeras de oficina, y logró tomar un taxi dos manzanas más allá.

Veinte minutos después visitaba a Polly, en Silver Street.

Polly, gordita y rechoncha, con las mejillas enrojecidas por el esfuerzo, la recibió en su habitación, haciendo gimnasia para rebajar sus redondeces.

—¡Caramba, Sally! —se asombró la gordita, que envidiaba en secreto la esbelta y atrayente silueta de su amiga—. Jamás me habías visitado tan a menudo como últimamente. ¿Quieres que prepare una taza de café?

Sally denegó, impaciente.

—No te molestes, tengo el tiempo tasado. Por cierto... ¿has recibido algún mensaje para mí...?

—¿De un tipo llamado Larry Byscroy? ¡Oh, Sally, tú estás enamorada, pequeña! —se burló la rolliza Polly.

—¡Por favor, Polly! ¿Han llamado por teléfono, has recibido alguna carta, un telegrama...?

—Lo siento, Sally. Pero no hay nada.

Sally se despidió aprisa de su amiga y se dirigió a la pensión en la que dormía desde el día que se despidió de Larry.

Mistress Davis, la propietaria, sonrió torcidamente cuando Sally llegó y señaló hacia el piso superior.

—Un amigo la está esperando, señorita Angeley. Por esta vez, pase.

A Sally le temblaron los labios de indignación.

Entonces no podía saber que la relamida señora Davis había recibido una propina de diez dólares del hombre que la aguardaba en su habitación.

De todas formas, la esperanza de que aquel hombre fuera Larry Byscroy le aconsejó no discutir con la dueña de la pensión.

Nerviosa, ruborizada, se dirigió a la escalera.

Sin tomar siquiera la precaución de preguntar el nombre de su visitante.

Con el corazón latiéndole velozmente en el pecho, Sally llegó arriba, sacó su llavín del bolso y abrió.

La habitación se encontraba en penumbra, apenas iluminada tenuemente por el resplandor del alumbrado de la calle que penetraba por la ventana.

Percibió, sí, la silueta masculina, junto a la ventana, ocupando la única silla segura de que disponía en su habitación.

—¿Larry? —preguntó, ilusionada—. ¿Eres tú, Larry?

Ni siquiera se le ocurrió extrañarse por aquel capricho; el de mantener la luz apagada.

El hombre se puso en pie y avanzó hacia ella.

Una vaharada de alcohol hizo que Sally arrugase la nariz.

Y entonces fue cuando comenzó a sospechar que aquel hombre no era Larry.

No, Larry no olía a sudor agrio, ni a *whisky* fermentado.

Retrocedió de un salto y accionó el interruptor de la luz.

Un puñetazo en el estómago no la hubiera impresionado tanto.

¡Angus Fox, el tipo que había tratado de seducirla, avanzaba con una cínica sonrisa hacia ella!

—¡¡Usted!! —Casi gritó al reconocerle—. ¿Cómo..., cómo se atreve a...?

Su indignación era tan grande que apenas podía articular las palabras.

Sintiéndose ahogar, retrocedió hacia la puerta.

—Sí, soy yo, preciosa. Pero no debes salir. La tarde está desapacible, ¿sabes? Podrías pillar un constipado —dijo cínicamente Fox.

Era un tipo desgarbado, peludo como un oso. Los mechones de negro vello asomaban bajo los, puños de la camisa y también sobre la sobada corbata gris que vestía.

Sin embargo, su cabeza estaba brillante y despojada de todo cabello, como irónico sarcasmo.

Sally fue a insultarle, a protestar, a amenazarle...

Pero Angus Fox mantenía una pistola de largo cañón en la mano izquierda.

—No se te ocurra salir, estúpida. O te clavaré una onza de plomo en tu bella carita ingenua.

La cara de Sally se tomó tan blanca como la pared.

Apenas podía comprenderlo, pero aquel tipo que la había engañado miserablemente, que la había convencido para despedirse de su empleo, que había intentado sin éxito aprovecharse de ella, la amenazaba de muerte ahora.

—¡Está loco! —chilló ella de repente—. Ahora lo comprendo... ¡Es un maníaco!

¡Auxilio! ¡Ayúdenme, por favor...!

Angus cambió de color.

De un salto estuvo sobre ella, con la pistola en alto.

La culata del arma se estrelló brutalmente sobre la frente de Sally, que se fue al suelo gimiendo sordamente.

Fox, sin inmutarse, la alzó en sus brazos, y la depositó sobre la cama.

Todavía estaba inclinado sobre ella, cuando unos golpes suaves sobre la puerta le obligaron a renegar en voz baja.

El peludo Fox guardó apresuradamente la pistola bajo el cinturón, abotonó su chaqueta y anduvo hacia la puerta.

La abrió. Sólo unas pulgadas.

La sibilina fisonomía de la señora Davis apareció ante él.

—¿Ocurre algo...? No me gusta meter las narices en donde no me importa, míster Fox, pero he escuchado unos gritos —dijo la mujer, aviesamente.

Fox intentó una sonrisa untuosa.

—¡Oh, no es nada! Despreocúpese. Ya sabe lo que ocurre con estas chicas. Tratan de darse importancia, de hacerse pasar por doncellas virtuosas... Usted me comprende, ¿verdad? Nada, nada, váyase tranquila. Cuando baje hablaré con usted. Sí, quizá tenga algún pequeño regalo, si se porta discretamente, señora Davis.

A regañadientes, la bruja desapareció en la escalera.

Entonces Angus Fox cerró la puerta, echó el cerrojo y volvió junto a la desvanecida Sally Angeley.

Entró en el lavabo, empapó un pañuelo sucio en agua fría y lo aplicó sobre las sienes de la desventurada Sally.

Al cabo de unos minutos, ella abrió los ojos y exhaló un quejido.

Pero todavía tuvo fuerzas para respingar al contemplar el grasoso y desagradable rostro de Fox inclinado sobre ella.

La mano derecha del hombre cayó brutalmente contra los labios de Sally.

—Cálmate, muchacha. Y escucha. Si vuelves a armar un escándalo, te mataré. ¡Mira esto! Es un silenciador. Aplicado a la pistola, nadie podría escuchar el estampido de un disparo.

Sally le miraba con los grandes ojos dorados desorbitados por el horror.

¿Qué se proponía aquel demente? ¿Asesinarla?

A pesar de la amenaza, Sally se revolvió con todas sus fuerzas.

Era joven y poseía un vigor que pilló desprevenido a Fox.

Gruñó una obscenidad, alzó el puño, grueso y duro como un martillo pilón.

Y lo estampó sobre la barbilla de la mujer salvajemente.

Sally se arrugó como un pajarito y quedó inmóvil.

Cinco minutos más tarde volvía a la consciencia. Y a la repugnante cercanía de Angus Fox.

—Escucha atentamente, Sally. Si míster Grimmy te admitió fue porque tenía órdenes de hacerlo. Desde el momento en que me puse en contacto contigo, todo estaba cuidadosamente planeado. Sólo pretendía que te asustases y huyeras del motel. ¿Recuerdas el viaje? Bajé a telefonar varias veces. Tú no lo sabes, estúpida, pero alguien que vigilaba a Byscroy iba facilitándome su seguimiento. Por eso fingí que se me terminaba la gasolina. Y ahora, comienza a hablar. Quiero que me hables de Byscroy.

Todo lo que viste, todo lo que te contó... Si no lo haces, mañana te encontrarán muerta, comido tu bello cuerpo por las ratas, en cualquier cloaca inmundada.

Sally se estremeció violentamente.

Fue a gritar. La mano velluda, como la de un gorila, de Fox se lo impidió. Sally se sintió morir de asco y de... terror.

CAPÍTULO IX

El capitán McGrave poseía un bello *bungalow* en el barrio residencial más caro de la ciudad.

Un lugar reservado a los millonarios, a los magnates de las finanzas y los negocios.

El *bungalow* le había costado casi doscientos mil dólares, pero oficialmente McGrave vivía en una casa de apartamentos humildes situada en Coast Street.

En aquel lugar había un tipo, el portero, que se cuidaba de avisar a McGrave cuando alguien telefoneaba a un apartamento... vacío, cuyo único mueble era precisamente el teléfono.

Confesar que un funcionario de la policía podía permitirse el lujo de disfrutar de una residencia tan cara hubiera sido demasiado cínico. Y McGrave procuraba ocultar su propiedad a todos sus conocidos.

A las diez treinta de la noche, McGrave frenó su larguísimo «Continental» ante el cuidado jardincito —media hectárea de superficie— que rodeaba su residencia.

Caminó sobre el caminito de losas de distintos colores, admirando una vez más todas las cosas que poseía: el jardín, la casa, la soberbia piscina de agua esterilizada, el invernadero, los muebles caros, importados...

Vio luz a través de los grandes ventanales del *living* y adivinó que Kate estaba en casa.

Kate Smith era su amiga. En el peor sentido que la palabra «amiga» puede tomarse, claro.

Pero Kate era una hembra de una vez: alta, estilizada, con un busto a lo estrella italiana, unos labios grandes, sensuales, y un par de piernas sensacionales.

Ella vino a franquearle la puerta, sin necesidad de que McGrave oprimiese el timbre.

Para prevenirla había bastado la pequeña cámara de televisión en circuito cerrado disimulada en el gran farol en hierro forjado que colgaba del porche.

Kate se plegó a él como una serpiente en cuanto hubieron cerrado la puerta.

Se besaron largamente. De besarla jamás se cansaba McGrave. Porque el aliento de ella era siempre perfumado y fresco como la caricia de una flor.

¡Qué complaciente era Kate!

Antes de que McGrave sintiese el deseo de una cosa, ella lo había adivinado y previsto.

—Voy a bañarme, Kate. He sudado durante todo el día y me siento incómodo —dijo él separándose levemente para mirarla de arriba a abajo.

Merecía Kate más de una mirada.

Su cuerpo escultural, apenas velado por una blusita y un *short*, era como el refugio que buscaba McGrave cuando abandonaba el servicio.

—Está preparado, amor —runroneó ella, mimosa—. Con *Wild Country*, como a ti te gusta.

Desafinando terriblemente, el capitán McGrave se alejó tarareando una cancioncilla pegadiza.

Entró en el baño, tan grande como un dormitorio, reluciente como un espejo. Probó el agua y gruñó de placer al comprobar que estaba a la temperatura deseada.

Sin dejar de tararear, se desnudó.

Sus ojos de ave de rapiña observaron críticamente su figura, reflejada en el gran espejo de cuerpo entero.

La buena vida, su desmedida gula, habían desfigurado su silueta, engordando la cintura y abultando el estómago.

McGrave frunció los labios en un gesto despectivo y se metió en el baño.

¿Para qué necesitaba él ahora, en las actuales circunstancias, sacrificarse por tener una figura estilizada, atlética...?

McGrave era poderoso, casi rico. Todo estaba resuelto para él.

Estaba frotándose furiosamente con un cepillo de baño, cuando la atractiva Kate entró llevando un teléfono rosa en las manos.

—Una llamada para ti, querido. Se trata de un tal Smith —dijo

ella, enchufando la clavija y dejando el aparato sobre un taburete.

McGrave esperó a que ella saliese y entonces tomó el auricular.

—McGrave al habla. Puede hablar.

—Hola, McGrave. ¿Ha adelantado algo?

—No, maldita sea. Ni rastro del dinero, Linton.

—Pero... ¡no es posible, capitán! ¡Es necesario encontrarlo! ¡Cuanto antes! Davis me ha llamado; él también se expone mucho en este asunto.

—No me atosigue, Linton. Bastantes problemas tengo en mi despacho. Uno de mis hombres ha sido asesinado.

—Pero usted sabe lo que tiene que hacer, McGrave.

—¿Encontrar a Byscroy...?

—Justamente. Estoy ahora más seguro que nunca de que él tiene los quinientos mil. Me importan un pito los intereses de la Morris Enterprise, pero necesito mi parte. Y otra cosa...

—¿Qué...? —inquirió McGrave, levemente malhumorado.

—Vengar a mis hombres. Byscroy logró «madrugar» a mis mejores muchachos: Welles, Daring y Rusk. También asesinó a Daisy Palmer, una mujer deliciosa e inteligente. Pero antes había matado a Bellamy y Fowlley. ¡Ese canalla...!

—Escuche, Linton. Todo lo que me cuenta es viejo. He lanzado a todos mis hombres a la caza de Byscroy, con la acusación de haber asesinado al teniente Deer, ¿comprende? Pero debo andar con cuidado o podría cometer un error que sería muy perjudicial para nosotros. Míster Thompson sospecha de mí.

—Lo que no podemos hacer es perder el tiempo. Éste es mi ultimátum, McGrave: si no recupera por sus propios medios el dinero y caza a Byscroy, yo tomaré la iniciativa.

Cuento con Davis. El quiere su parte para largarse.

—¡Un momento, Linton! Falta conocer la opinión de otra persona: el tercer socio —bramó McGrave, encolerizado.

—Hablo en nombre de, él también, capitán. Precisamente ha sido nuestro socio quien me ha llamado hace apenas media hora. Está furioso. No puede comprender cómo el incisivo capitán McGrave no ha encontrado nuestro dinero, esté donde esté. Ya lo sabe, McGrave: cuenta con dos días. Si no funciona bien su sistema en ese plazo...

McGrave escuchó el «clic» del teléfono al ser colgado

bruscamente por su interlocutor.

También él colgó. Lentamente, reprimiendo la ira que le impulsaba a destrozarse el aparato de un manotazo.

Kate entró en aquel momento.

Sus nervios se relajaron poco a poco, permitiéndole reflexionar.

Linton y el otro clamaban por su parte en el dinero de la empresa Morris, pero McGrave no tenía mucha prisa en aquel asunto, puesto que él ya había ganado doscientos mil dólares, puestos a buen recaudo.

Para curarse en salud había lanzado tras las huellas de Larry Byscroy una verdadera jauría de detectives.

Pero McGrave no estaba seguro de que Byscroy tuviese en su poder los otros trescientos mil dólares.

Como tampoco podía asegurar que fuese Byscroy la persona que había colocado doscientos mil dólares en el portaequipajes de su coche con el premeditado fin de comprometerle.

Pero... ¿quién, si no?

McGrave sonrió inconscientemente. Era igual, en cualquier caso, Byscroy, el altanero e insobornable Byscroy, cargaría con todas las culpas.

Había dado orden a sus hombres de disparar contra él si el exteniente se resistía. Conociendo a Byscroy, McGrave apostaría a que jamás se entregaría por las buenas.

A aquellas horas, ya la radio y la televisión estarían difundiendo su fotografía y sus datos personales a todo el país.

Larry Byscroy estaba condenado de antemano.

En cualquier lugar se sentiría inseguro, amenazado de muerte.

Satisfecho íntimamente, McGrave salió del baño y aceptó la toalla que su amiga le ofrecía.

Cenó con gran voracidad, con inigualable apetito. Y se dispuso a pasar la velada pendiente del teléfono.

Esperaría tranquilamente la noticia de que Larry Byscroy había sido muerto a tiros al resistirse a las fuerzas de la ley.

CAPÍTULO X

El runruneo de los motores a turbina del *jet* le adormecían.

El asiento, reclinable, era sumamente cómodo y permitía un descanso completo.

Sin embargo, Larry Byscroy prefería permanecer totalmente despierto cuando llegase a su destino.

Ahora su rostro había recobrado su aspecto normal y podía mover perfectamente su lesionado brazo derecho.

Los cinco días que había vivido en aquella residencia perdida entre los valles del lejano Ohio habían servido para devolverle la salud y mejorarle físicamente.

Había pescado a orillas del Ohio River, había nadado, había realizado sistemáticos ejercicios con el brazo derecho...

Y había tenido tiempo para pensar, para reflexionar a fondo.

Ahora sus ideas habían adquirido firmeza y profundidad. En una palabra, sabía cuáles serían exactamente sus pasos a partir del momento que pusiera pie en la ciudad.

Abrió los ojos, encendió un cigarrillo para mantenerse despierto, y consultó su reloj.

Las dos treinta de la madrugada. Es decir, una hora más de viaje y pondría pie en el aeropuerto.

Demasiado tarde para aprovechar el tiempo, se dijo. Pero ahora no tenía prisa.

A las tres veinticinco el *jet* tomó pista y rodó velozmente sobre el cemento en dirección a los edificios del aeropuerto.

Con su maletín en la mano, Larry bajó la escalera junto a los demás viajeros.

Fue al aproximarse al *hall* de entrada cuando Byscroy notó una afluencia sospechosa de individuos vestidos con trajes de confección baratos y tocados con sombreros flexibles. ¡La policía!

Larry pudo ver perfectamente al sargento Hillary, a Pat Dale y

Richard Queenman, avizorando por encima de las cabezas de los pasajeros que penetraban en el vestíbulo.

Si aquellos hombres buscaban a alguien..., ¡sólo podía ser a él, a Larry Byscroy!

Reaccionó rápidamente. Aprovechando que la hilera quedó cortada un momento para permitir el paso de una carretilla portaequipajes, se apartó de los demás pasajeros y saltó ágilmente sobre la parte trasera del vehículo eléctrico.

Varios pasajeros observaron su acción, profundamente extrañados.

Pero ya la carretilla se introducía en los *docks* de almacenamiento, desapareciendo a la vista de los policías.

Antes de que la carretilla se detuviese, Larry saltó al muelle de carga, ascendió una escalerilla y alcanzó la zona de estacionamiento.

Dos automóviles pintados de color negro le llamaron la atención.

No era necesario que llevasen insignias para que el exteniente Byscroy supiese que aquellos dos coches pertenecían a la policía.

Una sonrisa apareció en sus labios al comprobar que las llaves estaban colgando del tablero.

En un abrir y cerrar de ojos, abrió la portezuela, dejó su maletín sobre el asiento contiguo, dio al contacto y arrancó.

Los neumáticos rechinaron sobre el pavimento y el automóvil cabeceó peligrosamente.

Cuando logró enderezar la dirección, Larry miró hacia la izquierda y vio que Hillary y los otros habían alcanzado la calle y gritaban como locos, señalando el automóvil que huía.

No era difícil suponer que de un momento a otro iban a cruzar el aire los abejorros de plomo.

Previéndolo, Larry se aplastó cuanto pudo detrás del volante y aceleró, aun a riesgo de colisionar con los vehículos que transitaban por la ancha Lincoln Conduction.

Una sucesión de estampidos llegó claramente a sus oídos. El cristal posterior saltó convertido en pedacitos diminutos y un aluvión de balas se estrelló contra las planchas posteriores.

Larry sabía que se encontraba en inminente peligro de muerte. Pero incluso estando convencido de ello, se resistió a sacar la

pistola y disparar contra Hillary y sus detectives.

Una calle se ofreció de pronto a su derecha.

Larry giró el volante y tomó la curva de una forma espectacular: exactamente en dos ruedas.

Luego torció el volante en sentido contrario y el automóvil se aplastó con fuerza sobre el pavimento.

Apretó el acelerador a fondo. Y cruzó un semáforo con el disco rojo encendido, logrando poner los pelos de punta al taxista que se disponía a cruzar la calle con su taxi.

—¡Mostrenco! —rugió el pobre hombre, demudado—. ¡Ojalá choques contra un camión pesado!

Larry tuvo tiempo de escuchar el exabrupto y sonrió.

Concentrándose en la conducción, siguió desviándose continuamente a izquierda y derecha, desafiando el peligro con la sonrisa en los labios.

Si las fuerzas de la corrompida ciudad estaban dispuestas a acorralarle, Byscroy sabría también procurarles una noche trágica y amarga.

Observó atentamente a través del retrovisor y advirtió satisfecho que nadie le seguía.

Entonces condujo a velocidad normal en dirección a Gillborough.

Esperando encontrar a su amigo en casa, Larry frenó suavemente ante el chalet de Leslie Harper.

Esperó unos instantes tras el volante. Las luces de la casa aparecían apagadas... ¿Quizá Harper estaba también de servicio en la estación de policía?

De pronto, dos siluetas aparecieron caminando por el senderillo. Parecían haber sido vomitadas por el pequeño seto de aligustres que rodeaba la casa y avanzaban decididas hacia el coche.

—¿Eres tú, Hillary? —oyó preguntar Larry a uno de los hombres.

Aquella era la voz del sargento Jim Klein, un bastardo del que nadie podría fiarse.

Antes de que los dos hombres llegasen junto al coche, Larry Byscroy embragó y arrancó velozmente, alejándose de allí.

Se estremeció.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo? ¿Por qué Klein y otro policía

vigilaban, agazapados, la casa de Leslie Harper?

Se había librado por casualidad. O, mejor dicho, por haber utilizado un coche de la policía, conocido de Klein, que había imaginado que el hombre que llegaba era uno de sus compañeros de profesión.

De una cosa estaba seguro Larry: el sargento Klein hubiera disparado contra él de haberle identificado.

Klein jamás podría olvidar la humillación que Byscroy le había hecho sufrir cuando el caso del asesinato de Helen Vanderwilliam: Klein había intentado proteger al asesino de la chica, un matón de oficio, pero Byscroy le había detenido tras un tiroteo que costó la vida de dos agentes.

En cualquier caso, ¿significaba la presencia de Klein y el otro que Leslie Harper había flaqueado?

Larry no podía creerlo. Si una persona digna quedaba en el cuerpo de policía, ése era Harper. Sólo que no era un hombre de voluntad firme...

Seguía conduciendo a buena velocidad cuando cruzó la Heroes Monument Square.

Rodeaba el monumento, cuando dos coches patrulleros convergieron en la gran plaza.

Larry maldijo en voz baja y torció de golpe el volante. Pero un segundo después comenzaba a comprender que no tenía escapatoria.

Porque otro patrullero llegaba en aquel instante desde River Street.

Larry apretó las mandíbulas y se retorció sobre el asiento, poniéndose a cubierto de las balas.

Apretó el acelerador y el automóvil que conducía saltó como un potro hacia adelante, en dirección al patrullero.

El policía que se sentaba junto al conductor soltó una obscenidad y disparó varias veces contra el automóvil que se le echaba encima.

Cuando apenas faltaban dos metros para que se produjese la espantosa colisión, el conductor del coche policíaco dio un volantazo a la derecha.

El patrullero montó sobre la acera, corrió velozmente por ella y arrancó de cuajo un quiosco dedicado a la venta de periódicos.

Finalmente, el automóvil, casi destrozado, se detuvo al chocar contra un banco de hierro empotrado en el cemento.

Larry Byscroy, que se había salvado por puro milagro, ni siquiera se volvió a mirar.

Elevando apenas los ojos sobre el nivel inferior del parabrisas seguía conduciendo su automóvil en dirección prohibida, sobre los carriles de la izquierda de River Street.

Diez minutos después llegaba a las inmediaciones de Memorial Park.

Una idea estaba rondando su mente. Y no dudó a la hora de ponerla en práctica.

Aminoró la velocidad hasta que la aguja del velocímetro señaló las diez millas por hora.

Entonces tiró del acelerador de mano hasta el tope.

Y de pronto abrió la portezuela y saltó fuera.

El batacazo casi le dejó sin sentido. Pero siguió rodando sobre sí mismo sobre el cemento hasta que la verja del parque detuvo su marcha.

Aspirando profundamente, se puso en pie. Las sirenas de los coches policíacos ululaban ya cercanas.

Larry saltó hacia la parte superior de la verja de hierro, se alzó trabajosamente, evitó pincharse con las lanzas que marginaban el borde superior y se dejó caer al otro lado, sobre el verde y mullido césped.

Luego reptó hasta los arbustos y aguardó allí, avizorando entre las ramas.

El automóvil que acababa de abandonar continuaba su camino sobre el recto macadam de River Street.

Dos patrulleros cruzaron entonces ante el parque a más de ochenta millas por hora, haciendo sonar estridentemente sus sirenas.

Larry los vio perderse hacia Almond Bridge. Sonrió en la oscuridad y se internó entre los grandes troncos de los pinos.

A una milla de allí, los policías que viajaban en los dos autopatrullas asistieron estupefactos a un hecho singular.

El coche que perseguían se dirigió rectamente a la barandilla del Almond Bridge, chocó violentísimamente contra la verja, la destrozó como si fuera de alambre y se precipitó a las negras aguas

del río.

Un minuto después los coches de la policía frenaron bruscamente ante los pilares del puente.

El sargento Klein, recogido por uno de los coches en Gillborough, fue el primero en saltar a tierra y asomarse al pretil ansiosamente.

Klein sonrió.

En la superficie del río, recorrida ya por los focos policiales, apenas podían distinguirse unas burbujas.

Los hombres de la policía bajaron hasta la orilla fangosa del río y aguardaron inútilmente que su presa emergiera a la superficie.

—Nos ahorraremos sacrificar a ese cerdo —gruñó, cruelmente, Jim Klein—. Byscroy ha encontrado su tumba en el río.

Dos policías quedaron de vigilancia, comentando lo difícil que iba a resultar al día siguiente extraer el coche con el cadáver del profundo y fangoso lecho del río.

Klein volvió a uno de los coches y utilizó el radioteléfono.

—¿Capitán McGrave? Byscroy acaba de precipitarse al río, utilizando uno de nuestros coches. El choque contra la defensa metálica fue tan violento, que Byscroy debió morir antes de que el coche en el que viajaba se hundiera en el río. Réquiem por Byscroy, capitán McGrave...

Al otro lado del hilo, McGrave sonreía levemente, mientras los hábiles dedos de Kate le hacían cosquillitas en el cuello.

—Sí, réquiem por Byscroy —murmuró entre dientes—. ¡Que los peces se lo coman! Aunque... tal vez se indigesten.

CAPÍTULO III

... Y los peces hicieron desaparecer su cuerpo.

Una multitud de curiosos observaba desde las barandillas del puente.

Abajo, varios hombres rana se preparaban para sumergirse desde una lancha.

En la orilla, una poderosa grúa-oruga estaba dispuesta para alzar el automóvil hundido en cuanto los hombres rana enganchasen los cables de acero.

Un soplo de emoción sacudía a los mirones.

Los periódicos habían anunciado en primera plana el incidente ocurrido en Almond Bridge. Se trataba de un criminal, de un individuo perseguido por la policía, de un tal Larry Byscroy, que había sido expulsado de la Metropolitana.

Y ahora todos los curiosos iban a poder contemplar su cuerpo destrozado, frío, rígido.

Cuando el primer hombre rana se zambulló, la asamblea se inclinó ansiosamente sobre el pretil del puente, dispuestos a no perderse ni un solo acontecimiento.

El hombre emergió a la superficie al cabo de unos minutos, habló unas palabras a su compañero de la barca, y luego todos se sumergieron, excepto uno que mantenía la lancha en posición.

La asamblea permanecía en silencio, palpitante de emoción, llenos de morboso interés.

Al fin los hombres rana volvieron a su lancha. Uno de ellos alzó la mano a los hombres de la grúa, en señal de que el automóvil estaba firmemente enganchado.

La grúa comenzó a tirar, a tirar con firmeza.

Las enfangadas aguas del río se movieron turbulentamente y un ahogado grito de emoción salió de todas las gargantas cuando el techo del automóvil fue claramente visible en la superficie.

El abollado patrullero fue halado lentamente hasta la orilla.

Allí estaba la policía, el fiscal del distrito...

Todos se inclinaron con evidente interés a mirar el interior del coche cuando éste fue izado hasta terreno seco.

El sargento Klein fue el primero que barbotó algo entre dientes:

—No hay ningún cadáver —dijo con frío laconismo el fiscal. E inmediatamente ordenó que los hombres rana volvieran a sumergirse y buscaran el cadáver de Larry Byscroy.

Durante todo el día, los submarinistas estuvieron recorriendo el lecho del río.

Finalmente, fatigados, rindieron su informe:

—Imposible encontrarle. El río baja crecido, las aguas están enlodadas y nada puede verse. Por otra parte, el cadáver, si salió del automóvil como consecuencia de la inmersión, debió ser arrastrado lejos.

El fiscal dio por concluso el caso: Larry Byscroy había encontrado la muerte de forma accidental cuando trataba de escapar de la policía.

El capitán McGrave sonrió taimadamente. Pero borró su sonrisa enseguida cuando se sintió blanco de las miradas de las personas que le rodeaban.

También Hugh Linton, que estaba presente, se sintió íntimamente satisfecho: porque había odiado a Byscroy con toda la fuerza de su corazón.

El sargento Klein aseguró a quien quiso oírle que:

—Era la mejor solución para Byscroy. Así nos ahorramos sacrificar a un cerdo.

Y ni siquiera se sintió abochornado cuando el fiscal le miró severamente.

Sí, muchas personas se alegraron de saber muerto a Larry Byscroy.

Otras, en cambio, experimentaron un violento pesar.

Leslie Harper, por ejemplo, cuadró las mandíbulas al conocer la noticia.

Y murmuró en voz baja:

—Hemos perdido al único policía decente de esta puerca ciudad.

Sally Angeley, que se había enamorado perdidamente de Byscroy, se sintió morir al conocer la trágica noticia.

Las lágrimas corrieron abundantes por sus bellas facciones de pómulos muy pronunciados, y su corazón latió más aprisa.

«Algún día se sabrá la verdad sobre la historia de Larry Byscroy —pensó, esbozando un deseo ardiente—. Todo el mundo sabrá que fue el hombre más valiente, íntegro y honorable de este nido de avispas».

Le dolía el pecho... Porque ella había confesado ante Angus Fox, doblugada su voluntad por los golpes.

Pero ahora que Byscroy estaba muerto..., ¿qué importaba su confesión?

También Rosie Sandford sentía en su pecho una extraña desazón.

Había amado a Larry, había recibido sus caricias... y ella le había arrojado a la calle, cuando Larry necesitaba angustiosamente su ayuda.

¿Por qué...?

Sólo Rosie conocía la explicación. Muy fácil, asquerosamente fácil: Hugh Linton había comprado un buen paquete de acciones del Magistral Theater, donde ella trabajaba gracias a la recomendación de Larry.

Una tarde, Rosie fue llamada a la presencia de míster Linton:

—Siéntese, señorita. Terminaremos enseguida, soy de esos hombres que no saben perder el tiempo. Quiero que sepa una cosa: a partir de hoy poseo el cincuenta y cinco por cien de las acciones de este negocio. Hay una persona a la que usted aprecia mucho y yo no puedo ver. Se trata, como habrá adivinado, de Larry Byscroy. Ese hombre ha sido expulsado de la policía por conducta amoral, ¿comprende? Usted es la segunda actriz del Magistral. Si quiere seguir siéndolo, apártese de Byscroy. Arrójelo lejos de usted, ¡desprecíelo! ¿Me ha entendido?

Rosie bajó los ojos y asintió. Entonces no pensaba que Larry la había sacado del lodazal del vicio, que él había sido quien la enseñó a tener aprecio de sí misma, a dignificarse.

No sólo había renegado de Larry Byscroy, sino que fatalmente impulsada en la cuesta abajo de la voluntad... ¡se había convertido en la amante de Hugh Linton!

Cierto que Linton la había rodeado de lujos, de placeres, de vanidad...

Pero Rosie no podía engañarse a sí misma, por mucho que hubiera descendido en la escala de los valores humanos: Linton le repugnaba.

Su obsequiosidad, sus halagos, su contacto, le daban náuseas. Pero debía aguantar aquellas caricias, compradas por el *gángster* a buen precio.

Cuando Rosie supo que Larry Byscroy había encontrado la muerte en el fondo del río, un denso sabor amargo se condensó en sus labios.

Pero mil veces peor era la amargura que sentía en el fondo de su corazón: había traicionado al único hombre que en su vida había valido la pena amar.

Linton poseía una lujosa residencia en High Grass, la mejor zona de la ciudad.

Un edificio de dos plantas, construido por el mejor Ingeniero del estado, una construcción caprichosa, y en la que se habían derrochado los materiales más nobles y las maderas preciosas.

Linton pagaba el personal espléndidamente y exigía del servicio en proporción.

Así cuando Jack, su ayuda de cámara, le hubo terminado de ayudar a vestir, Linton todavía hizo algunas reconvenciones antes de sentirse a gusto.

—Jack, los zapatos no están limpios... Jack, olvidaste cepillar mi *smoking*, maldito penco. Jack, sabes que prefiero «Leveroy» para después del afeitado, en lugar de «Viril Spirit». Jack...

Al fin abandonó sus habitaciones y salió al inmenso *living*.

Esperándole estaba Rosie Sandford, arropada en un visón, último regalo del generoso Linton.

—¿Dispuesta a divertirme, muñeca? —preguntó él, encendiendo un largo habano.

Rosie prefirió componer un gesto ambiguo.

En realidad, desde que aquella tarde asistiera a los funerales, por el alma de Larry Byscroy, Rosie se encontraba inmersa en una desagradable sensación de depresión y pesimismo.

—Vamos, ánimo —Linton soltó una risotada—. He organizado una pequeña fiesta.

Nadie lo sabe, pero celebraremos que el puerco de Byscroy haya

pasado a mejor vida.

A Rosie le escocieron los ojos. Pero no se atrevió a responder al *gángster* como hubiera querido.

Se disponían a salir, cuando uno de los tres teléfonos distribuidos a lo largo del gran *living* comenzó a zumbar.

Linton se volvió gruñendo y tomó el auricular bruscamente.

—Hugh Linton al aparato. ¿Con quién hablo? En cualquier caso, diga lo que sea deprisa. No puedo perder el tiempo.

Linton arrugó la nariz al escuchar el timbre opaco de la voz que sonaba en sus oídos:

—No tenga tanta prisa, señor Linton. Lo que voy a decirle es más importante que cualquier otra cosa.

Linton estuvo a punto de enviar al diablo a su interlocutor.

Al fin, pudo contenerse. Aunque su voz fue habitualmente grosera al preguntar:

—¿Quién demonios es usted y qué desea? Reviente.

La risita burlona que llegó desde el otro extremo del hilo puso los nervios a flor de piel al poderoso *gángster*.

—No voy a decirle mi nombre, por ahora, señor Linton. Pero espero que sepa agradecérmelo después.

—¿Quiere terminar de una maldita vez o cuelgo?

—Sea paciente. Mi noticia vale la pena. Escuche, sé quién tiene el dinero del atraco Morris.

Rosie Sandford vio a Linton enrojecer.

—¿Ha dicho el dinero de...? Espere —Linton se volvió a Rosie y trató de ser amable—. Escucha, nena, se trata de una conversación de negocios. ¿No te importa esperar en el coche?

Ella asintió, levemente enfadada, pero se apresuró a abandonar la estancia.

Cuando la vio desaparecer, Linton volvió a destapar el auricular y se lo llevó al oído.

—Escuche —dijo con contenida rabia—. Si trata de gastarme una broma absurda, le pesará.

—Oh, no, señor Linton. ¿Cree que doscientos mil dólares son una broma? El capitán McGrave ha depositado recientemente esa cantidad en una sucursal bancaria de Calgary.

Consúltelo. Comprobará que es verdad.

—¿Es usted, Klein, el que acusa al capitán McGrave?

De nuevo le llegó aquella risita desquiciante.

—No, no soy Klein. Aunque pertenezco a la policía. Espero que sepa devolverme el favor, señor Linton. Iré a verle cuando juzgue que exista seguridad para mí. Buenas noches. Ah, y que se divierta.

—¡¡Espere!! —tronó Linton—. ¿Cómo se llama el Banco, a qué nombre depositó los doscientos mil McGrave? Todo ello, suponiendo que esto no sea un vulgar embuste.

—Nada de embustes. ¿Qué iba a lograr con ello? El Banco es el Henderson. Y el nombre Gerald M. C. Morton. Morton es el apellido materno del capitán, ¿comprende?

—Está bien. Dígame, ¿dónde está usted? Me gustaría darle las gracias personalmente.

Por toda respuesta, Linton volvió a escuchar aquella carcajada mordaz.

Durante unos segundos estuvo con el auricular en alto, pensativo.

Luego lo colgó y buscó ansioso su agenda.

Con ella en la mano marcó un número.

—Linton al habla. ¿Está míster Galley en el club?

—Acabo de verle en el bar, señor Linton. Le pasaré recado.

Un momento después, Linton hablaba con Burt Galley, gerente del Banco Henderson.

Sí, un tal Gerald M. C. Morton había ingresado doscientos mil dólares en metálico. Linton dio las gracias a Galley y colgó furiosamente el aparato.

CAPÍTULO XII

Larry Byscroy sonrió al escuchar la airada voz del capitán McGrave.

—¡Váyase a la m..., sea quien sea! —gritaba McGrave.

—Perfectamente, capitán. Pero estoy seguro de que su tercer socio le ha querido gastar una broma pesada. Me refiero a los doscientos mil dólares que depositó en la sucursal del Banco Henderson. ¿No le parecen una porquería comparados con los trescientos mil que se reserva? Vaya pensándolo.

McGrave apretó con rabia el auricular, como si el gesto fuese suficiente para retener a su interlocutor al otro lado del hilo.

—¡¡Aguarde!! ¿Quién es usted?

—¿No lo adivina? —Las mandíbulas de Larry Byscroy se endurecieron notablemente al hacer la pregunta.

—No trate de jugar conmigo al escondite o le pesará. Berree su nombre y es posible que nos entendamos.

—No... todavía. Pero estoy seguro de que algún día me pagará por este aviso, capitán.

—Espere, empiezo a adivinar algo. Usted odia a Davis, quizá es uno de sus empleados. Por eso me ha dado el «soplo», reconózcalo.

—Es posible. Pero le aconsejo que ande con cuidado, capitán. Hugh Linton acaba de hacer una llamada.

Muy especial. A un tal Burt Galley, del Banco Henderson, jefe de la sección de Comprobación de Cuentas... ¿No empieza a oler a quemado, capitán?

McGrave dio un bufido y unas cuantas obscenidades salieron de sus labios.

Pero por más que se esforzó, nadie podía escucharle ya al otro lado del hilo: habían colgado.

Colgó a su vez, completamente invadido por la furia, y salió del despacho.

Sentada lánguidamente sobre el diván del *living*, estaba la deliciosa Kate.

Enfundada en un minivestido de noche y dispuesta a salir a divertirse, al parecer.

—Quítate ese vestido —dijo McGrave de mal humor—. ¡Nos quedaremos aquí!

—Pero, querido, ya me había hecho a la ilusión de asistir a la fiesta de Linton... ¿Qué puede haber ocurrido para...?

—M... —contestó McGrave con los ojos brillantes por la furia.

Y la bella Kate comprendió que no había más que decir.

Para entonces, McGrave estaba pensando en la idiotez de haber nombrado a John L. Davis.

John L. Davis hizo su aparición en las oficinas de la empresa Morris hacia las diez y media de la mañana.

Imponente y altivo, bien conservado a sus cincuenta años, Davis fue seguido con admiración por las miradas de las pimpantes mecanógrafas de la sección de contabilidad.

Precisamente a la puerta de su despacho estaba esperándole un hombrecillo.

El hombrecillo se llamaba Thinall y era el contable de la sección Saldos.

Se le veía tímido e inseguro y tuvo que hacer un gran esfuerzo para intentar llamar la atención de Davis, que caminaba con la vista elevada al techo y la barbilla por delante.

—Esto... Ejem... Buenos días, señor Davis. Creo que... Debiera... Sí, la verdad es que...

—Buenos días, Thinall —dijo Davis secamente, sin mirarle.

Y, sin prestarle la menor atención, empujó la puerta de su despacho y desapareció.

Thinall, con algunos documentos en la mano, tragó saliva apuradamente, carraspeó, volvió a carraspear...

Y de repente pareció armarse de valor, golpeó levemente la puerta por dos veces y entró.

Davis pareció ignorarle en los primeros segundos, le fulminó después con una mirada, y finalmente pareció resignado a aguantar unos minutos de tedio.

—Veamos, Thinall..., ¿qué tripa se le ha roto?

Thinall se oprimió inconscientemente el estómago.

—Se trata de algo muy delicado, señor Davis...

—Dese prisa, por favor. Mi tiempo está tasado.

—Decía... Bien, señor Davis, tengo aquí los saldos del Banco. Existe una diferencia de... ejem... trescientos mil dólares.

—Muy mal, muy mal —dijo Davis. Y comprendió al punto que debía haberse ocupado antes de Thinall.

En el sentido de evitar que pudiera descubrir... Y hablar... Y...

—Ejem... Bien, señor Davis. Debe haber algún malentendido. Cuando usted me dio la cifra para el pago de jornales de la primera semana de abril, en la nota se reseñaban doscientos mil dólares. Pero el Banco, en su saldo, señala una extracción de quinientos mil. Yo...

—Bravo, Thinall. Ha hecho muy bien conduciéndose con tacto en este asunto. Sin duda se trata de un malentendido, pero ¿quién sabe? Escuche, tengo todo el día ocupado. Ya sabe, esos agentes de la

Metal & Accesories

Inc. No diga nada a nadie. Mañana nos ocuparemos de ello.

Davis sonreía agradablemente y Thinall se sintió compensado.

—Muy bien, señor Davis. Como usted diga. Ya sabe —que...

—Vaya, vaya, Thinall. Seguramente en su sección tendrá trabajo pendiente. Nos ocuparemos del lapsus, lo subsanaremos...

Al decir aquello, en la mente del vistoso cincuentón que era Davis estaba la idea del asesinato.

Sí, debía matar cuanto antes al entrometido Thinall.

Había sido un error, un error insubsanable, haber olvidado la sagacidad que Thinall demostraba siempre en su trabajo.

Con dos dedos apoyados sobre la frente, John L. Davis pensaba a toda prisa.

Verdaderamente se imponía asesinar a Thinall, silenciarle para siempre. Y, mejor aún, si podía amañar las cosas de forma que las sospechas recayeran en Thinall.

Porque si el contable seguía viviendo podría descubrir todos los desfalcos que Davis había ido cometiendo en los últimos seis meses.

Cierto que tenía un aliado poderoso en McGrave... Pero, en definitiva, la solución estaba en matar a Thinall. Al menos, la solución inmediata, urgente.

Porque Thinall podía sentir de repente la necesidad de comunicar su hallazgo a un compañero. O incluso de pedir una entrevista al director general.

Pero tampoco era Davis un hombre que pudiera cometer un crimen con sus manos.

La violencia, la sangre, los gritos, el pálido rostro de un cadáver le producían náuseas.

¿Por qué no encargárselo a Klein?

La idea comenzó a afianzarse en su mente. Klein era egoísta. Y duro, duro de corazón como una piedra. Con mil dólares podría solucionar el asunto.

—¡Maldito asunto...! —exclamó en voz alta.

Y su secretaria, a través del interfono, dejó oír su pastosa voz inmediatamente:

—¿Decía algo, señor Davis?

—¡Sí! Es decir, nada importante, señorita Jones —respondió, atragantándose Davis. Y cerró el interfono con brusquedad.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

Un minuto después lograba conectar con el sargento Klein.

—Davis al aparato. Sí, de Morris Enterprise. ¿Podría venir a hacerme una visita? Sí, relacionado con el atraco. Por favor, no tarde, le espero.

Klein entró en su despacho treinta minutos después.

Parecía intrigado, pero se dejó caer enseguida sobre uno de los cómodos sillones del despacho de John L. Davis.

—¿Y bien...? —preguntó el policía al cabo.

—Tengo un pequeño problema, Klein. He recordado su eficiencia en el asunto del robo en las oficinas de la Morris, y he pensado...

—¿Cuáles son sus preocupaciones exactamente, señor Davis?

—Un hombre. Un tipo demasiado curioso y hablador. Por lo demás, es inofensivo —dijo Davis. Y sacó dinero de su bolsillo y contó mil dólares.

—Escuche, Klein. Usted sabe que en nuestra ciudad el tráfico es denso. Ocurren accidentes, inevitables...

Thinall es una de esas personas que atraviesan las calles sin molestarse en mirar. En realidad, no me explico cómo no le ha matado un autobús o un taxi. ¡Tan estúpidamente insensato...!

Klein entornó los ojos.

Y sus dedos se posaron sobre los billetes.

—Tiene razón, señor Davis. Hay personas que viven de milagro. Tal vez muy pronto ese Thinall sufra un accidente mortal. Totalmente fortuito, claro...

—Estoy de acuerdo, Klein. Creo que debe tomarle bajo su protección. Por si le interesa, Thinall vive en Forestolown, 65...

Klein tomó el dinero y lo guardó. Un momento después se despedía cortés y educadamente de míster John L. Davis.

CAPÍTULO XIII

Sally notó que el corazón se le paraba.

Con el auricular en alto, como una estatua, apenas podía dar crédito a la realidad.

Luego su indecisión, su mutismo, se convirtió en cálido nerviosismo.

—¡Dios mío! ¡Larry...! Pe... pero ¿es posible que...? Escuche, no tengo ganas de bromas. Si está intentando burlarse de mí...

—¿Quién piensa tal cosa, dulzura? Soy yo. Vivo. Entero. Pero no quiero que alguien llegue a saberlo, ¿comprendes? Para comprobarlo, sólo tienes que asomarte a la ventana. Abandonaré el teléfono y me asomaré al bar que hay ante la puerta de la casa donde vives, ¿de acuerdo?

Una oleada cálida, palpitante, recorrió las mejillas de Sally Angeley.

Se sentía tan emocionada y dichosa que un suspiro apretado se escapó de sus pulmones, estremeciendo su busto. Aquel busto maravilloso, pero demasiado desarrollado, que le había impedido ser elegida *miss* en un concurso de belleza.

Ni siquiera tuvo paciencia para colgar el auricular.

De un salto alcanzó la puerta, cruzó ante la asombrada dueña de la pensión y desdeñó el ascensor, utilizando la escalera.

A mitad de la escalera, pensó que quizá debía haber hecho lo que Larry —¡Larry, vivo!— le había propuesto: mirar por la ventana.

Pero ¿para qué, si ella no podía engañarse? La voz que había escuchado era la de Larry Byscroy.

Pasó ante la portería y llegó al vestíbulo. Sin aliento. Notando los golpes de su corazón en el pecho.

Un hombre cruzó la calzada, a Sally se le cortó la respiración.

Era Larry Byscroy. Sin huella de golpes en el rostro, decidido y

ágil.

Fue ella la que se abrazó apretadamente al hombre. El la estrechó con mucha fuerza entre sus brazos.

—¡Larry, Larry...! —murmuraba ella, mientras sus labios buscaban los del hombre.

Se besaron. Ante la actitud escandalizada de una señora gruesa, ballenácea, y de su esmirriado y enteco marido.

Ni siquiera pudieron ver al hombre que acababa de aplastarse contra el escaparate de una freiduría italiana.

Aquel hombre era Angus Fox, un tipo repelente, del que Sally Angeley guardaría por mucho tiempo un imborrable recuerdo.

Con el más vivo asombro pintado en su rostro innoble, Fox reconoció al hombre que abrazaba a la bonita Sally Angeley.

¡Larry Byscroy, al que todos daban por muerto!

A Fox el corazón le dio un vuelco en el pecho: aquella noticia, aquella realidad era como un hermoso cheque al portador. Si Linton supiera...

Inmediatamente quiso alejarse de allí, buscar un teléfono desde el cual poder comunicarse con Linton.

Pero dio la vuelta con tanta brusquedad que chocó contra una mujer y la tiró al suelo.

Fue en aquel momento cuando Sally le vio. Y la expresión de angustia que Larry vio en su carita fue lo que le impulsó a exclamar:

—¡Sally! Juraría que acabas de ver al diablo en persona.

—¡Al... algo semejante! ¡Ese hombre que huye... es Angus Fox, no puedo equivocarme!

Se lo contó todo brevemente, le habló de los golpes, de la tortura, de su claudicación...

Cuando terminó, el rostro de Byscroy se había alterado.

—¡Aprisa, Sally! ¡Vuelve a tu habitación y no te muevas de ella! Tengo que perseguir a ese tipo, debo evitar que hable con quien sea.

Antes de que ella hubiera podido responder, Larry la había besado levemente en los labios y desaparecía a la carrera entre los viandantes que llenaban la calle.

Angus Fox no aparecía por ninguna parte. Pero Byscroy, imperturbable, siguió adelante, recorriendo con la vista cuántos bares y establecimientos públicos encontraba a su paso.

Ya desesperaba de encontrarle, cuando decidió penetrar en

aquella discoteca.

Dos docenas de jóvenes de ambos sexos que vestían ropas estrafalarias y tenían los cabellos muy crecidos bailaban alocadamente al son de un ritmo desquiciante.

Larry atravesó el estrecho local, levantando una oleada de protestas por su brusquedad.

Ni siquiera murmuró una palabra de disculpa. Al fondo de la discoteca había una cabina telefónica. Y dentro de la cabina, una figura gris: Angus Fox, marcando a toda prisa un número.

Larry le vio volverse en el momento en que él agarraba el tirador de la puerta y halaba de él con todas sus fuerzas.

Fox tenía una pistola en la mano y parecía dispuesto a utilizarla.

No le dio tiempo. Su pierna izquierda se disparó a las alturas y golpeó sañudamente el codo de Angus Fox, que sintió cómo una descarga eléctrica recorría todo su brazo, insensibilizándolo.

La pistola cayó al suelo, Larry hizo girar rápidamente al maleante, pasó uno de sus brazos por el cuello de Fox y le estampó de cabeza sobre la tablilla utilizada para hacer anotaciones.

Recordando la reciente confesión de Sally, Byscroy no sintió el menor remordimiento. Angus Fox era un bicho. Y a los bichos se les aplasta sin piedad.

El auricular, colgando de su hilo, sonaba desafinadamente. Larry lo tomó con la mano derecha, sin dejar de acogotar al maleante, y se lo llevó al oído.

—¿Estás loco, Fox? Empezaste a hablarme y de pronto... — Escuchó Larry. Y era la voz de Linton.

Tapó el auricular con la mano, alzó a Fox y dijo:

—Contéstale, háblale. Si mencionas mi nombre... te romperé la columna vertebral, te convertiré en un inválido.

Para demostrárselo, apoyó una rodilla en sus riñones y presionó fuertemente.

Angus Fox lanzó un alarido y se apresuró a mostrarse sumiso.

Larry le cedió el auricular y escuchó:

—¿Señor Linton? Sí, soy yo... ¿Que no me reconoce, que mi voz suena nasal? Verá, estoy algo afónico. Sí, le llamaba para preguntarle si tiene algún trabajo para mí.

—¡Pedazo de estúpido! Sabes de sobra que te ordené vigilar a McGrave, día y noche... ¿Has descubierto algo sospechoso?

—Oh, no, señor Linton, todavía no. Si le llamé fue para saber si tenía alguna nueva instrucción para mí.

—Está bien, vuelve a tu sitio de vigilancia. Quiero que me des pronto alguna noticia interesante; para eso te pago.

—Perfectamente, señor Linton. Le llamaré más tarde —y Fox colgó, siguiendo las instrucciones de Byscroy que le ordenaba perentoriamente cortar la conversación.

—Muy bien, pedazo de cerdo. Así que trabajas para Linton... En marcha, vamos afuera.

Byscroy había recogido la pistola de Fox y la devolvía al bolsillo interior de la chaqueta del *gángster*.

Salieron de la cabina.

—No intentes escapar —advirtió Byscroy, empujándole hacia la pequeña barra que más parecía una cueva—. Tengo mi pistola en el bolsillo.

El tipo que atendía la barra dirigió una mirada a la nariz ensangrentada de Angus Fox, pero Larry le sacó de su contemplación pidiendo bruscamente:

—*Whisky*. Del más barato. Una botella.

Dejó unos dólares sobre el mostrador y recogió la botella. Un momento después, estrechamente unidos, los dos hombres alcanzaban la calle.

—En marcha hacia aquel coche azul —ordenó Byscroy, señalando el automóvil de ocasión que había adquirido el día anterior.

Cruzaron la calzada y llegaron al coche.

—Siéntate tras el volante. Conducirás tú. Recto hacia el Norte —dijo Larry, tomando asiento junto a Fox.

—¿Adónde vamos? —preguntó el *gángster*, estremeciéndose—. ¿No estará pensando darme el «paseo»? Le conozco bien, teniente. Y sé que es un tipo del que nadie puede fiarse.

Byscroy rió burlonamente.

—Las malas lenguas exageran, querido Angus. No temas, sólo quiero que charlemos en un lugar tranquilo. Vamos, arranca.

Cuarenta y cinco minutos de viaje les situó a unos quince kilómetros de la ciudad.

—Es un bonito lugar —dijo Byscroy señalando una gran explanada al borde de la pista—. Sal de la carretera y sigue rodando

hasta que te ordene parar, querido Angus.

Apenas había clavado el *gángster* su pie derecho en el pedal del freno, Larry se volvió a él con una sonrisa:

—Magnífico, Angus. Eres un excelente conductor. Te felicito. Y vamos a celebrar tu gran experiencia al volante. Vamos, bebe un trago.

Angus Fox le miró fijamente, verdaderamente desconcertado.

¿Quién era exactamente Larry Byscroy?

¿Un loco, un tipo extravagante, un maniático o... un sádico asesino?

CAPÍTULO XIV

Media hora después, Angus Fox estaba borracho como una cuba.

Y unos minutos más tarde, un automóvil se detuvo junto al coche de Larry Byscroy.

El hombre que bajó de aquel automóvil era el sargento Leslie Harper, de la Policía Metropolitana.

Harper se acercó al otro coche y metió su cabeza por la ventanilla.

—Hola, Larry. ¿Quién es este tipo?

—Angus Fox, un esbirro de Hugh Linton. Puedes llevártelo. Estoy seguro de que Fox charlará por los codos cuando se encuentre ante el «viejo». ¿Querrás hacerlo...?

—Desde luego, teniente.

—No me llames teniente —respondió Byscroy, levemente disgustado.

—¿Por qué no? Ahora estoy completamente seguro de que muy pronto estarás rehabilitado. Ya sabes la opinión del «viejo»: posee elementos de prueba suficientes para desenmascarar a McGrave.

—Pero aún quedan varias cosas que hacer, Leslie. La ciudad está podrida. Y es necesario amputar sus miembros gangrenados por el vicio, el soborno y el crimen. Hasta entonces no volveré a considerarme un oficial de policía en funciones.

—A tu gusto, Larry. Me llevaré a este individuo. Y puedes estar seguro de que el «viejo» le extraerá cualquier informe de interés.

—En eso confío. Gracias por todo, Leslie.

Byscroy salió del coche y ayudó a transportar al borracho Fox, que sólo murmuró algo con voz estrepajosa y opaca.

Luego el automóvil de Harper rodó hasta la carretera y desapareció.

Entonces Larry Byscroy lanzó lejos la botella vacía de *whisky* y volvió al automóvil. Salió a la pista y rodó lentamente hacia la

ciudad.

Hacia la tarde, un obrero de la compañía de teléfonos exhibió su tarjeta ante el guardián de la empresa Morris y traspasó la verja, con su maletín de herramientas al hombro.

Nadie hubiera podido reconocer a Larry Byscroy en aquel tipo vestido con el uniforme de los empleados de la telefónica.

En cualquier caso, Byscroy caminó por la calle principal en dirección al bloque de oficinas.

—Eh, oíga, amigo, ¿puede dejarme una escalera? —pidió al jardinero que regaba los macizos verdes que circundaban el bloque.

—¿Quién es usted? Ah, si De teléfonos. Vaya a mi caseta. Cójala usted mismo. Espero que le servirá —contestó el hombre.

Larry recogió la escalera, la apoyó sobre el muro y subió. Desatornillar la tapa del registro telefónico apenas le llevó un minuto.

Entonces sacó de su bolsillo una delgada tableta metálica y conectó dos terminales de cable al interior.

Todavía aguardó unos minutos, simulando que trabajaba, mientras silbaba despreocupadamente una canciocilla.

Luego volvió a colocar la tapa, bajó y recogió sus herramientas sin prisas.

Devuelta la escalera a la caseta del jardinero, Byscroy saludó al hombre y abandonó la factoría de la Morris Enterprise.

Durante los últimos dos días, Larry había colocado una docena de aquellas microcassettes que grababan automáticamente cualquier llamada telefónica.

Las había colocado en las cajas-registro de los teléfonos de Edward Casey, Hugh Linton, Gerald McGrave, Bill Payne, Arthur Rongstein, Cameron Gayner, Brig Ellis, Chris Valente...

Todos aquellos nombres correspondían a personas que explotaban negocios ilícitos, tales como casinos, fumaderos, máquinas tragaperras, extorsión, contrabando, drogas, prostíbulos...

Excepto Gerald McGrave. La relación que unía al capitán de la Policía Metropolitana con aquellos *gangsters* era algo que el exteniente Byscroy había sospechado tiempo atrás.

Pero faltaba algo: comprobar que sus sospechas eran ciertas.

Y por ello era por cuánto Larry se había vestido aquel uniforme

de la compañía telefónica y pasaba por uno de sus empleados.

Jim Klein tenía su idea.

Hacia las diez de la noche, condujo el coche-patrulla a las inmediaciones del número 65 de Forestlown Street.

Miró a Glen Dorseet, el detective que realizaba la ronda nocturna con él.

—Está bien, Glen. Sé por qué te encuentras tan nervioso. Y en tu lugar, yo me sentiría lo mismo.

Dorseet se rebulló, inquieto, en su asiento.

—No sé de qué está hablando, sargento.

—Vamos, vamos, no tienes por qué ocultármelo. Sé que muy cerca de aquí está tu chica: en el bar de Morgan. Anda, ve. Puedes estar con ella media hora, quizá tres cuartos. Yo te esperaré ante la bolera de Chinnok.

Dorseet puso cara de carnero moribundo y murmuró unas palabras de agradecimiento.

—Seguro que no le importa, ¿verdad, sargento?

—No seas pesado. Anda, hombre. Sé lo que significa una chica como la tuya. Un bombón, sí, señor. Lo que revela que posees gusto.

Estremecido y gozoso como un chiquillo, Dorset bajó del coche.

—Alí, no lo olvides, Glen, Delante de la bolera de Chinnok — remachó Klein antes de que Dorset desapareciera.

Luego encendió un cigarrillo y se frotó las manos, satisfecho.

«Un cerebro siempre sirve de algo», pensó.

El suyo era de primera clase, en opinión suya.

Porque había meditado la jugada perfecta. Ahora, mientras Dorset se entregaba a las dulzuras del amor, Klein se encargaría de darle el «pasaporte» a George Thinall.

Si surgían complicaciones, si alguien le pedía explicaciones..., Klein aseguraría que Dorset y él habían permanecido en todo momento juntos.

Y Dorset tendría que apoyar su aseveración. O todos sabrían que había faltado a su deber, abandonando el coche en acto de servicio.

Así, pues, todo planeado, Klein condujo el coche ante la bolera de Chinnok, esperó hasta terminar el cigarrillo y bajó.

Luego entró en la bolera y buscó la cabina telefónica. Marcó un número y esperó.

—¿Míster Thinall? He querido asegurarme de que estaba en casa. Soy el cobrador de la compañía de seguros The Last Security. Subiré a cobrar el recibo del mes.

—¿Tan pronto? —preguntó Thinall, con su vocecilla nasal—. Siempre me lo suelen pasar hacia mediados de mes.

—Discúlpeme. Otras veces dejo su recibo en último lugar. Pero estoy aquí, en Forestlown, y tengo la oportunidad de ahorrarme otro viaje. ¿No le importa, verdad?

—Está bien, suba.

Klein abandonó la cabina telefónica, saludó al corpulento propietario de la bolera con un ademán y salió a la calle.

Dos minutos después penetraba en la casa con el sombrero sobre los ojos.

La portera estaba entretenida con un número de la revista *Confidential*, y ni siquiera se molestó en dirigirle una mirada.

—Mejor que mejor —murmuró Klein, cada vez más satisfecho.

Una mirada a los buzones. «George Thinall, planta tercera, letra C».

Klein despreció el ascensor y subió por la escalera.

Se detuvo ante la puerta C de la tercera planta y oprimió el timbre.

—Ya voy, ya voy... —chilló Thinall desde el interior.

Klein estuvo a punto de estallar a carcajadas al verle.

Thinall tenía una facha muy extraña, verdaderamente.

Con un batín que le venía muy ancho, el deprimido y velludo pecho asomando, y los ralos cabellos chorreando agua, componía todo un cromo.

Thinall miró la delgada cara de zorro de Klein y dio un respingo atrás.

—¡Pe... pero... usted no es el cobrador! —chilló.

Klein entró y cerró la puerta a sus espaldas.

Mientras avanzaba por la habitación, estaba pensando cómo mataría al asustado Thinall.

—¡Salga, salga de mi casa! —berreaba, entretanto, el contable.

Klein decidió no utilizar su revólver de reglamento; demasiado revelador.

¿Qué hacer? ¿Estrangularle o... ahogarle en el baño, de donde Thinall, era obvio, acababa de salir?

—¿No me ha oído? ¡Salga de mi casa, farsante...! —seguía gritando el contable, lívido de terror ante el avance implacable del desconocido.

O quizá no tanto, porque Thinall acababa de detenerse al chocar su espalda contra el muro.

Y le miraba, le miraba fijamente. Con incertidumbre, con miedo, con sorpresa.

—¡Ahora le recuerdo! ¡Usted es el policía que visitó a míster Davis! Pero... ¿qué significa su presencia, su engaño...? —chilló Thinall.

Klein comprendió que lo primero que tenía que hacer era acallar los alaridos de su víctima.

O atraería la atención de todos los inquilinos de, la casa.

De pronto saltó sobre el contable. Los puños de Klein se movieron como martillos pilones, machacando el rostro de Thinall.

Un gancho alucinante terminó con la resistencia de su víctima, que cloqueó espeluznantemente y se fue al suelo, quedando inmóvil.

¿Cómo matarlo?

«He aquí el dilema», se dijo Klein, fríamente.

Dirigió una ojeada a la habitación. Y entonces sus ojos tropezaron con los dos bates de base-ball

cruzados y sujetos a la pared.

Pensar que Thinall había jugado una vez al base-ball

era una suposición risible, mirando su físico endeble y enfermizo.

Pero lo que importaba para Klein era que tenía el instrumento del crimen.

Sacó un pañuelo del bolsillo y rodeó con la tela hábilmente el mango de uno de los bates.

Lo descolgó, lo sopesó en sus manos.

—Servirá para lo que necesito —murmuró, con los ojos brillantes.

En el suelo, Thinall continuaba inmóvil, en una postura ridícula y absurda: boca abajo, codos apoyados sobre la alfombra y el trasero levemente levantado.

Lo miró desde arriba con fría burla.

De repente, Klein pareció transfigurarse: su rostro se tensó, los ojos se salían de sus órbitas... y, empuñando la maza, cumplió con la horrible tarea que Davis le encargara.

Entonces se produjo un crujido terrible y... la puerta saltó, desgajada de sus charnelas.

Klein se volvió de un salto.

Y vio en la puerta a Leslie Harper, metralleta en mano.

Detrás de Harper, un lívido Glen Dorset contemplaba horrorizado el cadáver de Thinall.

—No es posible... —murmuró Klein, enloquecido.

Fulgurantemente soltó el bate y llevó la mano a la funda pistolera.

—Si sacas el revólver dispararé, Klein. Todos somos testigos de tu crimen. Y ningún tribunal me reprendería por evitar que volvieras a asesinar —dijo Harper, con decidido acento.

Cuatro agentes uniformados penetraron en la habitación y rodearon al sargento Klein.

Demudado, Klein se dejó desarmar por el sargento Harper.

No podía comprender nada, nada...

Rabioso, miró a Glen Dorset. Harper captó su mirada y dijo:

—Dorset no fue a ver a su novia, como tú esperabas, Klein. El no faltó a su deber, si es eso lo que te intriga.

Luego Klein fue empujado fuera, escoltado por media docena de hombres que portaban metralletas.

Harper esperó todavía a que llegase el fiscal.

Luego, cuando los hombres de la Sección de Homicidios invadieron el apartamento del desgraciado George Thinall, Leslie Harper rindió su informe y bajó a la calle para escoltar al asesino Klein.

Un coche patrulla, rodeado de motoristas, aguardaba.

Pero Harper no se dirigió allí inmediatamente.

Atravesó la calzada y se detuvo junto a un automóvil color azul.

Klein, apretado entre dos robustos agentes en el coche policíaco, miraba profundamente interesado a Harper.

¿Quién era la persona con la que estaba hablando? Ahora recordaba perfectamente que había visto aquel coche aparcado ante el número 65 de Forestlown Street. Incluso había entrevisto una silueta tras el volante. Pero lo que no iba a saber Klein

inmediatamente era la identidad del hombre que hablaba animadamente con Leslie Harper.

Aquel hombre era el exteniente Larry Byscroy.

CAPÍTULO XV

En las oficinas de la Guard Machine Ltd., Hugh Linton paseaba furiosamente de extremo a extremo del gran despacho.

La Guard Machine Ltd., se ocupaba, oficialmente, de fabricar timbres musicales y aparatos de alarma. Pero, en realidad, era una fábrica de máquinas tragaperras clandestina.

—Ese estúpido... No debí fiarme de él. Creo que cuando Fox me llamó esta mañana se encontraba borracho. Dijo cosas sin sentido, divagó...

Linton se detuvo en sus nerviosos paseos y miró a Bonson, su hombre de confianza.

—¿No se te ocurre nada, cerebro? —preguntó con rabia.

Bonson se ajustó el nudo de la anchísima corbata. Vestía a la última moda y se preciaba de ser un conquistador insuperable.

—Verá, jefe. He llamado a todos los hospitales. Y también a los bares que suele frecuentar Angus. Nadie me dio razón de él... ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Linton le miró un momento y siguió sus paseos.

—¡Maldito cerdo! —Gruñó. Y Bonson adivinó que se refería al capitán McGrave.

—¿Qué espera, jefe? —deslizó Bonson con mala idea—. McGrave trata de engañarle, está claro. El se quedó con el dinero Morris. Le traicionó. Yo pensaría que se está burlando de usted. ¿Qué expuso McGrave? ¡Nada! En cambio, usted... Recuérdelo: Fred Bellamy y *Ringo* Fowley murieron ante el revólver de Byscroy, ese marrano que rió se dejó engatusar. Luego... Sigamos recordando: Daisy Palmer. Era una mujer de cuerpo entero. Y también During, Rusk y Welles murieron. Suponemos que se los cargó Byscroy. Pero ¿y si hubiera sido McGrave, con el fin de evitar que ellos vinieran a verle y le contasen algo comprometedor para el capitán...?

Insidiosamente, Bonson hablaba en tono convincente,

susurrante, tratando de penetrar en el lento cerebro de Linton.

—Es todo tan oscuro... No sé... ¡No sé qué hacer, Bonson! —clamó Linton, deteniéndose de nuevo.

—Sólo hay un camino —insinuó su ayudante—. Podemos hacer una visita al *bungalow* del capitán McGrave. Y «tratarlo» de forma conveniente. Hasta que nos diga la verdad: dónde está el dinero. Sí, ya sé que ingresó doscientos mil en el Banco Henderson. Pero faltan trescientos mil.

Linton pareció reflexionar la propuesta.

Para remachar el clavo, Bonson siguió «razonando» suavemente:

—Tenemos a Gilbert, a Clayton, a Ford y Bendix. Los cuatro, por separado, son capaces de matar a cinco hombres cada uno. Si las cosas se pusieran feas...

Linton interrumpió su vuelta y miró afanosamente al impecable Bonson.

—No sé... Hay algo en tu plan que no acaba de gustarme. Podemos presionar a McGrave, incluso obligarle a decirnos dónde ha escondido los otros trescientos mil. ¡Cochino...! Pero al día siguiente... El se vengaría... ¡Se vengaría terriblemente! Le conozco y sé que no pararía hasta hundirme. Un capitán de la policía, Bonson, puede hacer muchas cosas. De hecho, tiene todos los naipes de la baraja.

—En la baraja está el as de pie, jefe. Un buen argumento para solucionar el asunto —susurró Bonson.

—¿El as de pie? ¿Qué diablos...? ¡Estás loco, muchacho! ¿Qué es lo que quieres decir?

Bonson se puso en pie.

Metió una mano en su bolsillo y la sacó empuñando su navaja automática de resorte.

—Éste es el as de pie. Cuando McGrave haya «vomitado» lo que nos interesa... ¡zas!, una puñalada al corazón será suficiente. Lo meteremos en el coche. Déjelo de mi cuenta. Yo me ocuparé de hacerlo desaparecer. Nada de enterarlo. A veces, insospechadamente, un tipo compra un solar y aparecen unos restos mortales. No, yo tengo otro método. En la Welling tenemos una máquina de picar piedra. Un artilugio maravilloso. Se pone en marcha, se echa un cadáver por la tolva y sale hecho picadillo. En realidad, se mezcla tan perfectamente con las rocas que lo único

que alguien podría observar es que la grava sale con un tono ligeramente rosado. Pero, a fin de cuentas, ¿qué importa esa minucia...?

Linton había interrumpido sus vueltas, indefinidamente.

Lo que Bonson estaba diciendo tenía bastante «garra». Y Linton siempre hacía caso de las ideas «con garra».

—Creo que tienes razón, muchacho. A fin de cuentas, miles de personas en esta ciudad odian a muerte a McGrave. Y nadie se preocupará demasiado si un día desaparece para siempre...

Puso una mano sobre el hombro de Bonson y le miró con cierta admiración.

—La máquina de picar piedra, ¿eh? Buena idea... ¡Buena idea, sí, señor! Pero vamos a enfocar el asunto desde otro punto de vista. A McGrave le gusta Rosie.

Le he visto mirarla con ansia, como si quisiera desnudarla. Iremos a casa, recogeremos a Rosie en High Grass e iremos a visitar al capitán McGrave, en compañía de los chicos... ¡Buena idea, caramba; buena idea, sí, señor!

Unos minutos después, Linton y Bonson abandonaban las oficinas de la fábrica clandestina de máquinas tragaperras.

Más tarde, Linton iba a comprobar que en la vida todo depende de la suerte.

Porque si Bonson, el inteligente Bonson, disponía del as de pie, Gerald McGrave disponía aquella noche del as de trébol.

Y el trébol siempre ha sido sinónimo de buena suerte.

A las once de la noche, Gerald McGrave pasó de la cocina al garaje y se dejó caer tras el volante de su automóvil.

Para entonces había tomado una decisión: asesinar a Hugh Linton.

Primera razón: Linton sabía ya que McGrave había abierto una cuenta corriente de doscientos mil dólares en el Banco Henderson.

Segunda razón: Linton sabía muchas cosas acerca de un oficial de policía llamado McGrave. Con su testimonio, McGrave sabía que el tribunal de honor le arrojaría del cuerpo de policía y le sería incoado un proceso. Proceso que le llevaría, incuestionablemente, a la cárcel. Por muchos años.

Tercera razón: conociendo a Linton, McGrave sabía que el

gángster pasaría a la acción directa antes o después. Lo que suponía que Linton no tendría muchos escrúpulos en hacerle asesinar.

Así las cosas, era mejor tomar la iniciativa.

De la guantera tomó una caja de cigarros y encendió tranquilamente uno. Al devolver la caja al receptáculo advirtió que tenía allí la aerobomba.

No era un pulverizador cualquiera: en su interior había cloroformo simple comprimido a suficiente presión.

McGrave le tenía cierta prevención a aquel aparatito. Por una razón tan simple como el cloroformo que contenía el pulverizador en forma de linterna: en una ocasión había tratado de utilizarlo contra un detenido furioso. Con tan mala sombra que el tipo logró afianzarse en su muñeca y le dio la vuelta al aerosol.

Consecuencia: McGrave había caído redondo al suelo, completamente dopado. Y de no haber sido por los detectives que acudieron inmediatamente, el detenido le hubiera asesinado.

Ahora, sin embargo, McGrave sabía usar perfectamente el aparato. Y sospechando que podía serle muy práctico, lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Sacó el coche del garaje y condujo tranquilamente por la desierta avenida.

Veinticinco minutos más tarde se encontraba en High Grass. Aparcó a veinte metros de la impresionante vivienda de Linton y echó una ojeada.

Había media docena de coches aparcados, aquí y allá. Todo normal, sin embargo, silencioso.

A través de los ventanales de la mansión se escapaban chorros de luz. ¿Estaría Linton en casa?

McGrave sacó su as de trébol y se agachó tras los setos verdes.

Justamente era un as de trébol, pues valía para alumbrar, para narcotizar y para encender, tanto un cigarrillo como una hoguera.

Anduvo después como un ladrón, reptando sobre el abundante césped hasta llegar a la casa.

Y soltó un suspiro de satisfacción al distinguir a contraluz una figura femenina.

Rosie, Rosie Sandford.

Llegó a la puerta, oprimió el timbre musical.

Y escuchó el taconeo quedo de Rosie aproximándose al porche.

Ella sentía temor, era obvio. Antes de abrir la puerta, accionó la mirilla y miró afuera durante casi un minuto.

—Abra por favor, señorita Sandford —dijo él tratando de imprimirle un tono de urgencia a su voz.

—Dígame qué quiere, capitán. Mister Linton no está aquí. No me atrevo a abrir, créalo —escuchó McGrave.

—¿Cómo quiere que se lo explique? Se trata de Linton... ¡Ha sufrido un accidente!

Se oyó una débil exclamación al otro lado.

Y luego la puerta se abrió.

McGrave sonrió levemente y oprimió el resorte de su as de trébol.

Una rociada de cloroformo cayó sobre el rostro de la bella Rosie Sandford.

Exhalando un grito de sorpresa, la mujer cayó de espaldas.

CAPÍTULO XVI

Leslie Harper se rebulló, profundamente inquieto, sobre el asiento del coche de Larry Byscroy.

—¡Esa mujer...! ¡La he visto caer, Larry! ¡Vamos, salgamos del coche...! ¡McGrave ha debido matarla! —exclamó, conmovido.

Byscroy cuadró las mandíbulas. En sus manos apareció la «*Parabellum*» como si la funda pistolera la hubiera vomitado.

—Tienes razón. McGrave se ha ahorcado ya. Vamos —respondió.

Salieron del coche con urgencia y ya pisaban los setos cuando los faros de un automóvil barrieron la zona.

—¡Espera...! —pidió Byscroy. Y atenazó por el hombro a Leslie, impidiéndole todo movimiento.

El gran automóvil de Hugh Linton rodó sobre el caminillo enlosado y se detuvo ante el porche de la casa.

Larry vio descender a Linton, acompañado de su inseparable Bonson, pulido como un maniquí.

Los dos hombres entraron en la casa. Luego todo sonido cesó.

—Adelante, despacio —ordenó Byscroy—. Si todo va como presumo, tendremos fuegos artificiales.

Se equivocaba, sin embargo.

Porque el fuego iba a ser real, fuego devorador, capaz de convertir a unas cuantas personas en restos carbonizados.

Tardaron mucho en llegar a los muros del airoso edificio rodeado de lujuriosa y exótica vegetación. Más de diez minutos.

Estaban incorporándose, cuando todas las luces de la casa se apagaron.

Un resplandor rojizo creció al otro lado de los ventanales, prendiendo en las cortinas.

—¡Fuego! —susurró Leslie Harper, demudado—. ¿Puedes explicarme...?

Byscroy aguardó un instante, pistola en mano.

—Creo que sí —dijo con la voz ronca—. McGrave trata de hacer desaparecer toda prueba. Y eso sólo puede significar una cosa: también ha asesinado a Linton y a Bonson. Ante la desconcertada actitud de Harper, Byscroy saltó de pronto espectacularmente contra la ventana, los brazos protegiendo el rostro.

Sonó el chasquido de los cristales, Byscroy desapareció del radio de visión de Leslie Harper.

Ansioso, Harper se asomó a la ventana y comprobó que el edificio entero ardía.

Un crujido sonó allá, entre los setos, de pronto.

Harper se volvió fulgurantemente, el índice apoyado ya sobre el gatillo de su «P 38». Disparó contra la silueta que corría desesperadamente entre la hilera de coches aparcados.

Pero no hizo blanco. Lo supo con seguridad al oír el ronco acelerar de un motor.

El coche de Gerald McGrave se puso en marcha de un salto y avanzó a gran velocidad.

Todavía tuvo Harper tiempo suficiente para disparar dos o tres veces antes de que el coche desapareciera en la primera esquina.

Pero sus disparos, demasiado vehementes, se perdieron sin hacer blanco.

Enloquecido, sin poder controlar sus nervios, llamó a gritos a Larry Byscroy.

Un momento después, Larry aparecía a través de la ventana, con las ropas humeantes.

—¡Puerco...! —Gruñó restregándose urgentemente la americana—. ¡Ha regado de gasolina los cadáveres...! ¡Están ahí, en el pasillo, asándose...! ¡Pero él, McGrave, no escapará! Corre al coche, Leslie, llama por radio... El transmisor está en el panel.

Harper se sintió incapaz de mirar frente a frente a Byscroy.

—Lo..., lo siento, Larry. McGrave acaba de escapar.

Los músculos faciales de Byscroy se rigidizaron de cólera.

Luego la tensión que le enardecía pareció convertirse en frío cálculo.

—Entonces... jamás podrá demostrársele a McGrave este triple asesinato. El fuego lo destruirá todo... Es imposible entrar ahí... ¡Casi creí morir entre las llamas!

—Larry, prestaremos declaración ante el «viejo». Será suficiente nuestro testimonio para inculpar al capitán McGrave. Comprendo que tuve yo la culpa. En primer lugar me negué a que hiciésemos venir al fiscal general, míster Thompson. La presencia del «viejo» lo hubiera arreglado todo, pero... ¡creí que todo sería más fácil...!

—Y además... no podías creer todavía que McGrave fuera culpable —completó con leve acento de reproche Byscroy.

—Es cierto. Yo soy el único culpable. Pero tú sabes que hay pruebas contra McGrave, pruebas sustanciales.

—Es posible. Ahí dentro ha muerto Rosie Sandford. Una muchacha equivocada, pero no pervertida. Víctima de los hombres que han corrompido a esta ciudad podrida, Leslie. Y McGrave jamás pagará este triple crimen. Sí. Le arrojarán de la policía, irá unos años a la cárcel, pero logrará eludir una acusación de asesinato.

Había una densa nota de amargura en las palabras de Larry Byscroy.

Pero entonces todavía no sabía lo peor: aquella noche iba a estar en peligro la vida de la persona que amaba: Sally Angeley.

—Sólo hay una solución, señorita —dijo sombríamente Larry Byscroy, sentado en una butaca de la villa de míster John Edwin Thompson, fiscal general, al que los dos amigos llamaban cariñosamente el «viejo».

—¿Cuál es esa solución, Byscroy? —preguntó suavemente míster Thompson.

—La técnica del cebo —dijo Larry—. Me convertiré en carnada para Gerald McGrave. Le llamaré por teléfono. Se sorprenderá al saber que no estoy muerto. Entonces le diré que tengo trescientos mil dólares. Que deposité los otros doscientos mil en el portaequipajes de su automóvil con la sola intención de que fuera culpado como responsable del atraco. Le citaré en algún sitio. Por ejemplo, en el hotel Montrosse...

Míster Thompson entornó los ojos. Leslie Harper se estremeció.

Pensaba que si McGrave había asesinado ya varias veces, ¿qué podía importarle un asesinato más?

Pero ante la asombrada actitud de Harper, míster Thompson dio su autorización a la idea:

—Irás solo, Byscroy. Que Dios le proteja —fueron las palabras del «viejo».

CAPÍTULO XVII

Hotel Montrosse, habitación ciento veinte.

Era una *suite* nupcial, lujosa y llena de comodidades.

No para Larry Byscroy, que aguardaba sentado en el diván, con un vaso colmado de *whisky* en la mano izquierda y el cigarrillo humeante en los labios.

Sabía muy bien a cuanto estaba exponiéndose. Pero había decidido luchar hasta el fin contra McGrave, cabeza visible de la corrupción que estaba gangrenando el brazo de la ley: la Policía Metropolitana.

Eran ya tres los *whiskys* que había trasegado. Secos, sin agua. El alcohol no turbaba su mente, pero sí el recuerdo del cuerpo presa de las llamas de Rosie Sandford.

Y no valía buscar paliativos. Mil veces se había dicho a sí mismo que Rosie había encontrado la muerte en virtud de su volubilidad, de su inclinación hacia lo vicioso, lo cómodo, lo brillante.

Ella era una víctima más, de eso estaba seguro Larry.

Bebió un trago y miró por enésima vez hacia la puerta del pasillo. Larry la había dejado abierta, apenas encajada levemente. Así McGrave tendría el camino expedito, sin obstáculos.

De la calle llegaba el sonido lejano de un tocadiscos y el fragor nocturno de la ciudad, los claxons de los taxis y el petardear de los tubos de escape de los últimos autobuses.

De pronto escuchó un leve crujido. Miró a la puerta. Pero ésta no se movió un ápice.

Entonces el gran cristal de la terraza saltó hecho añicos. Y antes de que Larry Byscroy hubiera podido prevenirse, Gerald McGrave apareció en el hueco de la cristalera.

Con una pistola en la izquierda. Un silenciador al final del cañón del arma explicaba muchas cosas.

McGrave sonreía con cara de perro. Y avanzó de un salto hasta

el centro de la estancia, olfateando como un podenco, dirigiendo miradas rápidas a todos los rincones.

—No hay nadie, como le dije, capitán McGrave —susurró Larry, llevándose el chato vaso de *whisky* a los labios.

—Estúpido. Estúpido a pesar de todo —sonrió McGrave—. Creo que le había sobrevalorado, Byscroy.

—¿Por qué, capitán? —preguntó Larry, sereno.

—¡Levántese! Antes de hablar quiero asegurarme de que todo está en orden.

Larry se incorporó. Temía que McGrave descubriese la puerta abierta.

Pero a McGrave le interesaban más la alcoba y el baño. Después de registrarlos, empujó bruscamente a Byscroy con el tubo silenciador, y le obligó a apoyar las manos en la pared.

Allí le cacheó rápidamente, con la habilidad de un profesional. Y arrojó la pesada «*Parabellum*» sobre el sofá.

—Estúpido, Byscroy. En principio le consideré un tipo inteligente, créale. Le avalaban su título de técnico en electrónica, su sagacidad, su preparación. Recuérdelo, traté de hablarle claro, de hacerle comprender que en esta ciudad, de acuerdo conmigo, podría hacer mucho dinero. Pero usted se negó, Byscroy. Se comportó como ahora: un estúpido, un bobo sentimental y nada más.

—Ajá —dijo Larry dejándose caer en un sillón.

—¿Dónde están los trescientos mil? —McGrave compuso un gesto de perplejidad—. Todavía no puedo explicarme por qué se quedó con el dinero.

—Luego se lo diré, capitán. Pero antes... ¿por qué no hablamos de Linton, de Rosie Sandford y de True Bonson?

—Estuvo siguiéndome, ¿eh? —Los ojos de McGrave destellaban peligrosamente—. Bien, ya sabe que los maté yo. El dinero...

—Hablemos también de Desmond Deer. Sé que quiso apañar su muerte para que me cargasen un asesinato.

—¿Por qué no...? Deer descubrió doscientos mil en mi coche. Tenía que matarlo, porque era un bribón. Lo maté. Después adquirí una cadenita. Exacta a la que usted tenía siempre entre los dedos, Byscroy. Fue fácil, ¿no cree...?

Larry asintió pesadamente.

—Sí... Tan fácil como dejarse sobornar por tipos podridos como

Linton, Casey, Rongstein, Gayner, Ellis o John L. Davis... —dijo Byscroy.

—Oh, sí. Suponían unos ingresos cuantiosos y sólo se trataba de hacer la vista gorda, de asegurarles que ninguno de mis hombres metería sus narices en sus negocios. —Excepto... Larry Byscroy, un entrometido.

McGrave se rascó la nariz con el silenciador.

—Sí... No me costó esfuerzo odiarle, Byscroy. Yo sabía perfectamente que usted no se había llevado el dinero del garaje. Por la sencilla razón de que mi relación con Davis y Linton me mantenía muy cerca del lugar donde se desarrolló el atraco a la furgoneta de la Morris. Entré. Vi los cadáveres..., pero ni rastro del dinero.

—Bellamy y Fowlley lo habían tirado por un tubo de aireación. Los sacos fueron a parar a un sótano, de donde los recogí yo muchos días después.

—Espléndido. Ahora sólo es necesario que me diga dónde están los otros trescientos mil —demandó McGrave, acercando la pistola al rostro de Larry.

—Nunca los tendrá, McGrave. Porque ese dinero está en poder del fiscal general. En cuanto a su culpabilidad... El fiscal está al tanto. Yo amañé los teléfonos de todos sus «biberones», McGrave. Las pruebas están en poder de míster Thompson.

El rostro del capitán se congestionó, sus ojos centellearon de furia.

—¡Maldito...! —bramó—. Cree tenerme cogido. Pero todavía tengo mis ases. ¡Levántese, salgamos a la terraza! ¿Ve lo mismo que yo? Sally Angeley, atada como un fardo... ¡Atrás, vuelva al sillón! ¿Sabe qué haré con ella, Byscroy? No gastaré una bala. Después —de matarle a usted, la empujaré por encima de la baranda. Estamos en el sexto piso. Una altura muy conveniente para que la cara de una chica bonita como Sally se convierta en un amasijo irreconocible... Veo que ahora no tiene aires de triunfador, Byscroy, ¡confíeselo!

Inmóvil, Larry le vio tomar la «*Parabellum*» del diván y enfundar la pistola con silenciador que había esgrimido hasta entonces.

—Se me ocurre una idea. Le mataré con su propia pistola,

Byscroy. Así todos pensarán que se ha suicidado —murmuró ominosamente McGrave.

Pero la sonrisa en los labios de Larry Byscroy le desconcertó.

—¿Se divierte, teniente? No creo que sienta lo mismo cuando encuentren su cadáver perforado a balazos... considerando que pudiera juzgar desde el otro mundo.

—Desconfíe, McGrave. Dijo antes algo de mi título de técnico en electrónica. Pues bien... ¡ahora mismo están escuchando sus palabras centenares de personas a través de los altavoces que instalé en el vestíbulo, en los pasillos...! Y el propio míster Thompson está escuchándole con mucha atención, McGrave.

McGrave dio un respingo. Y su rostro chato, innoble, tradujo el temor que las palabras de Byscroy llevaban a su corazón.

—Es igual. Le mataré..., aunque sea lo último que haga... ¡con su propia pistola...!

Larry estaba deseando que lo hiciera, que apretara el gatillo, antes de que McGrave volviese a recordar a Sally, amordazada en la terraza.

—¡Dispare, cobarde, asesino...! ¡Hágalo ya...! —rugió Byscroy.

McGrave se quedó helado. ¿Era Byscroy un maniático, un suicida, un psicópata tal vez...?

En cualquier caso, decidió darle gusto. Es decir, apretó el gatillo.

Inmediatamente un punzón de acero atravesó la palma de su mano, obligándole a gritar.

Dejó caer la pistola, vio la sangre resbalando de su mano y... comprendió el diabólico truco de Byscroy.

Quiso sacar su propia pistola. Pero ya era tarde.

Larry había saltado sobre él y la palma de su mano adelantada se estrelló sobre el labio superior.

El efecto del golpe de karate fue instantáneo: McGrave rodó por el suelo como herido por un rayo.

Un instante después la *suíte* nupcial se llenaba de policías. Y entre los policías aparecieron Leslie Harper y el fiscal, míster Thompson.

Pero Larry Byscroy no estaba allí para recibirlos; de un salto había alcanzado la puerta que comunicaba con la terraza y soltaba la cuerda que sujetaba manos y pies de una bella muchacha.

Sally Angeley, exactamente, que se puso en pie llorando y se

abrazó tan fuerte a él, que Larry casi no pudo respirar.

Se besaron con toda el alma, con apasionado ardor. Porque habían arriesgado mucho en los últimos minutos.

Pero luego, mientras McGrave era reanimado y sacado de la *suite*, míster Thompson demoró un momento su marcha para hablar con Larry Byscroy.

—Jugada perfecta, Byscroy. Supongo que volverá a su despacho...

Larry miró a míster Thompson con amargura.

—No lo sé, señor. He sido perseguido a lo largo de esta ciudad, se me ha escarnecido y vejado... Fue una dura lección... —dijo Larry, mirando al fiscal.

—Poca cosa para el duro e incorruptible capitán Byscroy...

—¿Capitán...? —Casi chilló Larry.

—Capitán Byscroy, el hombre que terminará de limpiar esta ciudad que hasta ahora estuvo podrida. Tiene el deber de aceptar su misión, muchacho. Pero es tarde, mañana hablaremos... ¡Ah, Davis está cogido! Confesó su estafa.

Leslie Harper bajó con ellos. Y le siguió hasta el coche azul.

—Enhorabuena de todo corazón, Larry. ¿Adónde vais...?

—Pues verás —Byscroy miró a Sally Angeley—. Creo... que se impone alquilar otra *suite* nupcial...

Y besó a Sally apretadamente en la boca.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Cerdo, en inglés. Actualmente, la forma usual que ha venido a reemplazar a la palabra cop (policía), en EE. UU. < <